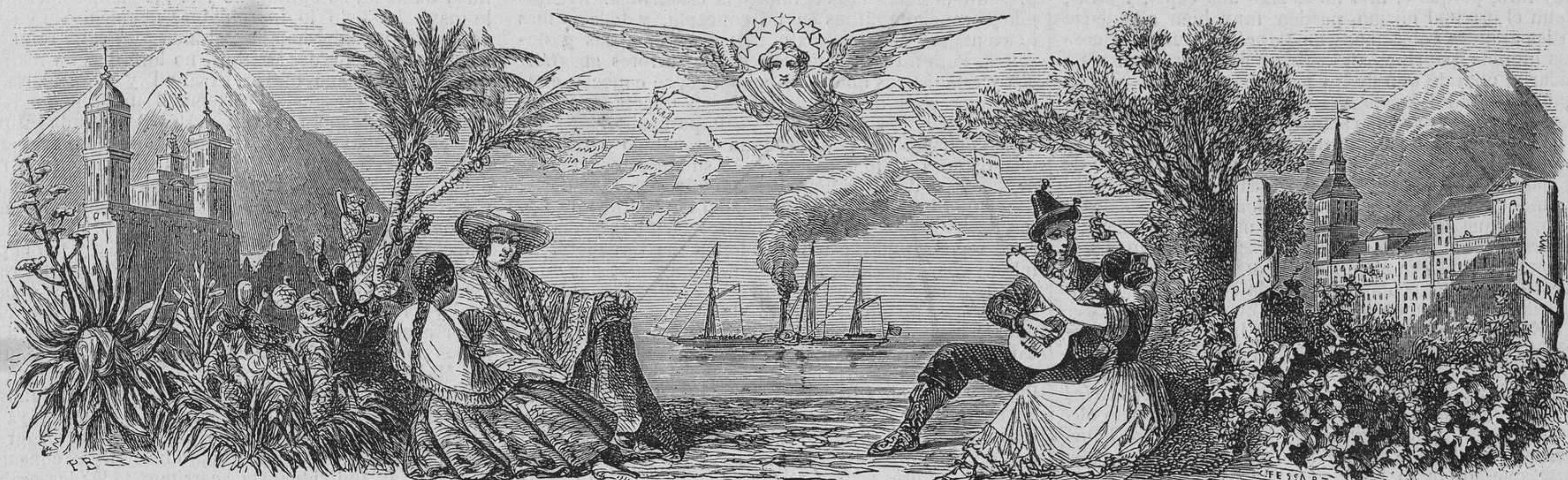


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 980.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

M. Lambrecht; grabado. — Otro precursor de Malthus. — Recuerdos de la guerra: Una visita al campo de batalla de Froeschviller; grabados. — Los baños de mar: La playa de Boulogne; grabado. — Revista de Paris. — Viajes: El desierto de Libia. — El príncipe de Joinville; grabado. — El duque de Aumale; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Recuerdos de un guardia móvil; grabado. — La evacuación; grabado. — ¿Qué hará de ello? — Las sepulturas de Saint-Marcel; grabado.

M. Lambrecht.

Damos en esta página el retrato de M. Lambrecht, ministro del Interior, diputado á la Asamblea nacional por el departamento del Norte, que falleció súbitamente el 8 de octubre, á consecuencia de la ruptura de un aneurisma.

M. Lambrecht habia formado parte del Cuerpo Legislativo, y el gobierno imperial le comprendió una vez entre los candidatos oficiales del departamento del Norte; pero no sería justo considerar á un hombre de espíritu tan leal é independiente como á un partidario decidido del imperio. M. Lambrecht pertenecía por sus opiniones liberales al centro izquierdo, y su palabra justamente escuchada, ejercía en la Cámara mucha influencia.

Como representante del departamento del Norte, M. Lambrecht se inclinaba, como la mayor parte de los hombres políticos de esa region, hácia los proteccionistas, y bajo este concepto, el presidente de la República le consideraba como uno de sus colaboradores mas adictos.

Sus funerales se efectuaron el miércoles último en la iglesia de San Luis de Versalles, en medio de un inmenso concurso de poblacion. En el fúnebre cortejo figuraban todos los ministros, con M. Thiers á la cabeza, los miembros de la comision de permanencia, muchos representantes, hombres políticos y funcionarios.

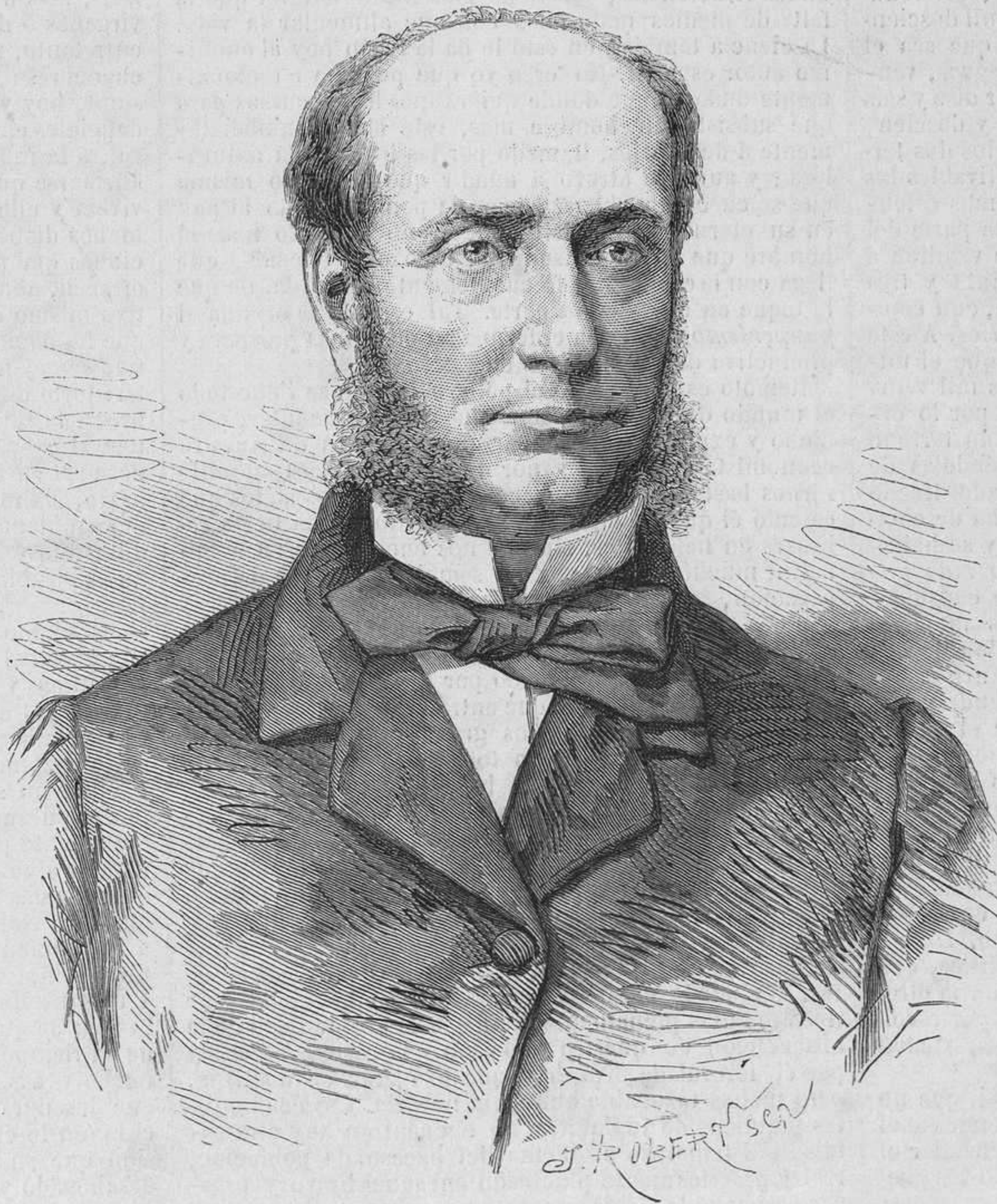
A. M.

Otro precursor de Malthus.

Quizá recuerden mis lectores que pocos dias há publicó un periódico belga la noticia de que en la última sesion de las que todos los años celebra la seccion de letras de la Academia de Bruselas, sesion que tuvo lugar á 40 de mayo, en la gran sala de las academias del Museo, se habia leído entre otros trabajos uno muy importante de M. J. J. Thonissen, profesor católico, y de los mas distinguidos individuos de aquella corporacion ilustre, titulado: *Un précurseur de Malthus*. Este tal precursor del famosísimo pastor y economista inglés, no es

otro en Bélgica que el abate Mann, laborioso miembro en vida de la antigua Academia de Bruselas. Se ignoraba hasta ahora, sin embargo, y sábase de hoy mas por el elegante y concienzudo estudio de M. Thonissen, que diez y ocho años antes de dar á la estampa Tomás Roberto Malthus la primera edicion de su famoso *Ensayo acerca de los principios por que se rija el desarrollo de la poblacion y del influjo de esta sobre el futuro progreso social* (Lóndres 1798), tenia impresa aquel sabio belga otra *Memoria* en la cual aparece ya expuesta la teoría misma del economista inglés, piedra de escándalo al mundo durante el primer tercio del siglo actual. M. Thonissen, bien conocido ya en Europa por su excelente obra que lleva el título de *la Bélgica en el reinado de Leopoldo I*, es un escritor sobrado imparcial y grave para que con eso y todo acuse á Malthus de plagiarario. Malthus no alcanzó seguramente conocimiento alguno de la *Memoria* del abate Mann, y M. Thonissen lo reconoce de buen grado; pero su propio patriotismo no ha podido consentir que se arrebate á un belga la gloria de haber descubierto antes que nadie, una ley ó teoría tan importante hoy ya en la ciencia, y que tan hondamente ha alterado aquella general opinion de los antiguos, que pretendia medir con exactitud por el número de habitantes la prosperidad ó pobreza de los territorios y de las naciones.

No soy yo dado, por cierto, á exagerar el mérito de los españoles en armas, industria, artes ó ciencias, antes bien he solido censurar el vano empeño de algunos de enaltecer con descubrimientos apócrifos, ó participaciones injustificadas en los varios triunfos humanos, la gloria de los hijos de la Península, los cuales poseen en sus anales bastantes hechos propios y exactos para no necesitarlos fabulosos ni ajenos. Paréceme á mí, por el contrario, que á estas nobles naciones decayidas, como á los hidalgos perezosos y pobres, mas se les da pereza que no aficion al trabajo, recordándoles sin cesar los altos méritos de sus antepasados, porque con aquellos suelen contentar el amor propio, dejando de curarse como debieran, de adquirir caudales y blasones nuevos. Pero la razon y la justicia exigen que á cada cual se dé lo suyo, y de este eterno y santo *sun cuique*, tampoco debe ni puede excluir nadie á la propia patria. No por lisonja, pues, ni por mera vanagloria, sino por rendir culto á la verdad solamente, propóngome desvirtuar algun tanto el efecto del fragmento que M. Thonissen acaba de dar á luz, comunicando al público, por mi parte, que no menos que Malthus tuvo tambien su precursor el abate



M. LAMBRECHT,

Ministro del Interior en Francia, fallecido el 8 de octubre de 1871.

Mann, y que mas de 400 años antes que uno y otro naciesen, tenia ya expuesto cuanto hay de esencial en su doctrina acerca del desarrollo de la poblacion, cierto español anónimo, y por lo que hace á su persona de todo punto desconocido. No es esta la vez primera que cite yo en mis escritos el breve tratado que poseo manuscrito é inédito con el título de *Arcanos de la dominacion*, el cual, aunque inédito, quizá no sea muy raro, porque el mio no es sino una copia, y otras, y aun el original mismo, pueden muy bien albergarse en las grandes colecciones de *papeles varios* de nuestras bibliotecas principales. Es el dicho tratado, á no dudarlo, obra de uno de los políticos castellanos de la segunda mitad del siglo XVII, y aun de alguna de sus frases se colige que fué escrito entre las sublevaciones y guerras de Cataluña y Portugal; notándose en él, por lo tanto, los ordinarios defectos de método y estilo de la época. Prefiero con tales defectos y todo copiar textualmente alguna breve parte del manuscrito á extraerlo, porque copiando, formarán mas exacta idea los lectores del autor y de la obra. Desembarazando, pues, de inútiles consideraciones preliminares la doctrina de nuestro anónimo economista, queda concretamente formulada y expuesta en los párrafos que siguen:

« En el principio (dice al pié de la letra el manuscrito), crió Dios el cielo y la tierra, y haciendo á Adam absoluto dueño, le dió por compañera á la mujer, ordenándoles que la llenasen: *crecite et multiplicamini et replete terram*. Y habiendo de suceder esto, no observando continencia alguna, se multiplicaron los hombres en poco tiempo, de manera que no hubo en ella parte que no fuese habitada; por donde brevemente nacieron desórdenes y contrastes, ocasionados de la demasiada multitud de los pueblos. Los cuales para evitar la confusion eligieron cabos que los gobernasen y administrasen justicia; y, reconociendo como superior á los que antes eran sus iguales, libraban en su solicitud y cuidado el de las humanas necesidades. Esto mismo es lo que se practica hoy; pero excediendo los desórdenes del mundo á la providencia de los príncipes, se experimenta que vale poco su atencion y diligencia para evitar los males. Por lo cual, así como la abundancia nace de la poca cantidad de individuos que consumen los víveres, procede tambien la esterilidad del número de aquellos; no pudiendo la tierra, la cual queriendo de cuando en cuando el reposo disminuye mas que aumenta la cosecha anual, suplir á la propagacion humana, que continuamente se va multiplicando. Con que, siendo de naturaleza contraria estas dos producciones, no obstante que dependen la una de la otra, es constante que esta y aquella buscan en vano el remedio, quedando sujetas á los siniestros accidentes que cada dia se encuentran. Y para dar mas luz á esta verdad, conviene saber cuánta es la superficie de la tierra, supuesto que siempre que el número de los vivientes excede á su capacidad y á la cantidad de alimentos que puede producir, sin duda ninguna será violenta la curacion de su mal, *no pudiendo reparar sino por el medio de la hambre*, de la peste ó de la guerra. La circunferencia de la tierra y del mar es de 360°, que reducidos á veinte leguas por grado hacen siete mil doscientas leguas, de cuya circunferencia, dando que sea el diámetro dos mil doscientas noventa y una leguas, vendrá á ser toda la superficie de la tierra y mar diez y seis millones cuatrocientas noventa y cinco mil y doscientas leguas. Pero porque de ella vienen á ser los dos tercios de agua, y descontándose como incultivables las partes que están debajo de los polos, habremos calculado abundantísimamente, si damos la cuarta parte del globo terrestre por tierra cultivable, con que vendrán á quedar solamente cuatro millones ciento veinte y tres mil ochocientas leguas superficiales de tierra, aun comprendiendo las montañas desiertas, lagos y rios. A este cálculo se halla oprimida la tierra, siempre que el número de hombres excediera de cuatrocientos mil veinte y tres millones, y ochocientos mil; pues, por lo ordinario, no puede disfrutarse de una legua de terreno bastimento para mas de mil almas, proveyéndolas de leña y prados para el mantenimiento del ganado. Hecho este cálculo de la capacidad de la tierra, se ha de completar con el de la propagacion del hombre, y se hallará la tierra en menos de cuatro siglos mucho mas poblada de lo que puede sustentar, aunque se considere hácia lo mas estéril, teniendo fecundidad las mujeres. Para lo cual pongamos solamente la sucesion de seis hijos, de edad de diez y ocho en veinte años arriba, en cuyo tiempo está mas apto el hombre á engendrar y la mujer á concebir, y se verá del cómputo que el número será mayor del que podrá alimentar la tierra. Naciendo, pues, de esto la confusion entre los hombres, se conturban las monarquías, se inquietan las repúblicas, y, aunque solo toca al autor de la naturaleza dar el remedio, no obstante, impelido el hombre de la ambicion de dominar, *desconfía de aquella soberana Providencia que de ninguno se olvida*, y ciego en la pasion de la codicia, no es ya como otro tiempo, *Homo, homini Deus*. Pero conducido de infernal política, con pretextos aparentes provocándose un Estado contra otro, se introduce la guerra, que, llevando consigo por escolta familiar, peste, hambre y otras calamidades, vienen á convertir al hombre *Homini lupus*. »

Tras esto, tan fielmente copiado del original, que no he omitido palabra alguna, diserta aun largamente el autor sobre los medios bárbaros que para remediar el exceso de poblacion solian emplear en su siglo los pueblos entregados á la poligamia. Para conocer su teoría general acerca de la propagacion de la especie humana y los principios por que se rige, basta, no obstante, con

lo ya expuesto. Ciertamente que los supuestos del autor de que trato sobre la extension superficial de nuestro planeta (hoy calculada, como es sabido, en unos 510 millones de kilómetros cuadrados); sobre la parte que de esta extension pertenece á la tierra ó las aguas; sobre la fertilidad general del planeta, ó la cantidad de poblacion que pueda sustentar, por término medio, cada legua cuadrada, andan lejos de ser exactos, segun al presente enseñan la geografía y la estadística. Aventura ya mucho Malthus en tal concepto, y todavia mas le aventajan, como es natural, los economistas posteriores. Pero mi objeto no es rectificar errores geográficos y estadísticos que á primera vista se conocen ahora, y que eran inevitables en la ya remota época de nuestro economista. Lo que aquí importa observar y ver es la doctrina. M. Thonissen ha procurado establecer una vez mas, á lo que parece, en su curioso *fragmento*, los verdaderos principios económicos en la materia, limpiando la teoría de la poblacion de Malthus de falsas, violentas y aun groseras interpretaciones, y dándole la su recto sentido, ó reduciéndola á sus verdaderos límites; cosa intentada ya, cual nadie ignora, por otros muchísimos escritores, y entre ellos los mas ilustres economistas de nuestro siglo. Natural es, en verdad, que mucho mas de lo que ha habido que explicar ó rectificar en el economista inglés, haya que enmendarle todavia al anónimo español que estoy dando á conocer ligeramente, sobre todo en sus conclusiones. Mas sobre los horrores de hecho de nuestro anónimo (hijos del relativo atraso de su siglo en geografía y de la casi total ignorancia que habia entonces de estadística), así como sobre los errores accidentales que comete en el desenvolvimiento de su propia teoría, hay que poner la verdad esencial é inconcusa de esta teoría misma, la realidad de la ley de vida, formulada primero por él, por el abate Mann despues, segun hoy se ve, y al fin por Malthus.

Lo cierto es, como antes dije, y nada mas que esto importa, que nuestro anónimo supo y puso de relieve, cuanto se equivocan todos los hombres de Estado de su tiempo al determinar el grado de prosperidad y grandezza de un país únicamente por el número relativo de habitantes que poseia, ya fuesen ricos, ya pobres, medianos, miserables ó hambrientos. Dicese claro en el manuscrito del comandante español que en realidad la riqueza y la prosperidad de un país solo debia medirse por el número de habitantes que mantenía sanos y prósperos y con medios suficientes, no ya solo para la existencia, sino para el progreso. A pesar de esta observacion profunda de nuestro anónimo, la doctrina contraria continuó imperando, y todavia pasó por evidente á los ojos de Luis XIV, de Napoleon I y de casi todos los economistas antiguos, incluso los españoles; pero la ciencia está hoy ya en esto de parte del autor de los *Arcanos de la dominacion*. Mucho mas interesante es la otra observacion de este mismo autor, de que la poblacion crece con mas facilidad y rapidez que las subsistencias, deduciendo de aquí el principio de que la propagacion de la especie humana, como la de los animales irracionales, no tiene mas límite natural que la falta de medios materiales con que alimentar la vida. La ciencia tambien en esto le da la razon hoy al anónimo autor español. No creo yo que pueda ya racionalmente dudarse que donde quiera que hay recursos para que subsista un hombre mas, este acude inmediatamente á devorarlos, llamado por las leyes de la naturaleza; y aun me atrevo á añadir que al punto mismo que se cuece una hogaza mas de pan (tomando al pan en su eterno sentido simbólico), no tan solo nace el hombre que ha de consumirla, sino otro además, que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el *pauperismo*, orgánica enfermedad de la mas próspera y productiva de las naciones de Europa.

Remoto es, sin duda, el peligro de que se llene todo el mundo de mas poblacion que puede alimentar, predicho y explicado en los párrafos copiados de nuestro economista anónimo, y por de pronto debe tranquilizarnos bastante el que hace ya mas de dos siglos que calculó él que bastaria con cuatro para que la tierra rebosara en habitantes, sin que nos encontremos á la mitad ni muchísimo menos de semejante exceso de propagacion, que seria verdaderamente pavoroso. Pero justo es tambien decir que el plazo de cuatro siglos de nuestro anónimo no tiene otro carácter que el de veinte y cinco años, señalado por Malthus á la duplicacion de la poblacion; y que entrambos autores reconocieron ya juiciosamente los grandes obstáculos que se oponen á que se realice en toda su plenitud posible la propagacion de la especie humana. Aquellas cifras, pues, hay que considerarlas como arbitrarias y felizmente inexactas, reduciéndolas, cual ya con otro motivo he dicho, á reconsiderar el principio, la ley de que se trata, que es lo único verdaderamente importante, así como en el *Ensayo* de Malthus, en los *Arcanos de la dominacion*.

Encerrada en este solo punto la crítica de sus autores, no puede menos de ser favorable. La ciencia de nuestros dias plenamente confirma la profundidad de la observacion de nuestro anónimo y la certeza de la ley por él formulada. No hay que exagerar su doctrina, pero menos razonable aun seria negarla. Los economistas prácticos de Inglaterra no encuentran hoy otra solucion al temeroso problema del exceso de poblacion, real y prácticamente planteado en aquel breve y próspero espacio de tierra, que el de promover la emigracion de los muchos que ya allí han nacido tarde á otras tierras deshabitadas; y esto aun despues de destinar la

Gran Bretaña en su famosa ley de pobres á aliviar los efectos del mal una gran parte de la enorme ganancia de su industria, cambiándola por producciones naturales de los demás países del mundo. Mucho de esto acontece igualmente en diversas provincias de Alemania. Los economistas teóricos de todas las naciones se rinden igualmente á la evidencia de los hechos. El propio Bastiat, no obstante su amor ardiente á la personalidad humana, su optimismo y el invencible horror que le inspiraba todo lo inarmónico, irremediable y fatal, en los destinos del hombre, si bien pretendió refutar la teoría tenida por de Malthus, no hizo mas en realidad que exponerla con mayor exactitud y confirmarla en cuanto tiene de esencial. No temia Bastiat que jamás llegase el caso de que todas las partes del mundo estuvieran por igual sobradas de poblacion, como imaginó nuestro economista anónimo; mas su confianza la fundaba únicamente en la idea de que siempre bastaria para remediar el indudable desequilibrio entre los consumos y los productos alimenticios, la prevision individual, estimulada por la libertad de todos y por el progreso universal de las luces. Lo cual es, en suma, reconocer las leyes distintas de la produccion y el consumo, y la falta de relacion y proporcion entre ellas observada por nuestro anónimo (que hasta llegó á tenerlas por *contrarias*, segun hemos visto,) por Mann y por Malthus.

En lo que mas se apartaba de estos tres economistas Bastiat era, pues, en el remedio de los males, ya en parte causados, y que son de temer en mayor grado aun, por la diferencia entre la produccion y el consumo. Para Bastiat, individualista acérrimo, todos los problemas sociales tienen que resolverse por la libertad individual y con los medios en el hombre inmanentes y naturales. El hombre del porvenir producirá en su concepto mucho mejor y mucho mas que el de ahora, y y antes de alcanzar el límite de sus esfuerzos y de sus productos, comenzará á limitar ilustrada y previsivamente el mismo su familia, no casándose, por ejemplo, sino cuando tenga racionales probabilidades de sustentar bien á sus hijos. Desde este punto de vista optimista la cuestion se evita, no se resuelve, dispensándose, sin duda alguna, mucha mayor confianza que merecen á la prevision y á las pasiones humanas.

Seguramente que aun dado el caso de que un conjunto ó sociedad de hombres constituido en nacion no alcance ya á subsistir con los productos del propio suelo, puede atraer á su territorio los sobrantes de las otras naciones, mediante mayor industria y laboriosidad; pero la adquisicion de tales productos extraordinarios tambien tiene su término y el *pauperismo* tiene que surgir de todos modos, mas temprano ó mas tarde. Los estragos de este los disminuye la emigracion asimismo; mas la emigracion no es posible sino porque todavia quedan (y para muchos siglos felizmente), tierras donde la poblacion, en vez de sobrar, hace falta.

La teoría de nuestro anónimo y la de Malthus, y mas aun la de los discípulos de este último no parece, y es horrible, sino cuando se establece y contempla la hipotesis, mas ó menos remota, de que no queden ya tierras vírgenes ó despobladas para los emigrantes. Pero en el entretanto, si bien el mal no asusta á nadie, con frecuencia se observan sus parciales efectos. El pobre siente hoy y sentirá siempre, como el rico, los providenciales efectos que inclinan al amor, á la vida conyugal, á la multiplicacion de nuestra especie, y aun puede afirmarse que aquel experimenta tales afectos con mas viveza y eficacia que mas cerca está de la naturaleza y menos distraído, por tanto, con las artificiales satisfacciones que á los cultos, á los poderosos y á los ricos ofrecen, ahora el lujo, ahora la ambicion, ahora el cultivo mismo de la inteligencia. Y si el apego al lugar en que ha nacido, la falta de recursos, ó cualquier otro motivo semejante, impiden que abandone una familia el territorio donde ya no hay subsistencia para ella, la pobreza, la miseria, el hambre, la agonía, la muerte, ponen al cabo fatal límite á su propagacion, representándose así en breve espacio cada dia, lo que nuestro anónimo, Mann y Malthus generalizaron y estudiaron como problema universal y social. Pero voy sin querer dilatando y harlo mas que conviene este artículo, donde no es posible tratar detenidamente tan difíciles cuestiones.

Mi objeto no es otro, y á él me atengo, sino dejar con claridad señalado lo que hay de verdadero ó digno de estima y aun de admiracion, en el curioso tratado inédito del economista anónimo que he comenzado á dar á conocer en su propia patria.

No bastando la prevision individual como Bastiat pretendia; no siendo tampoco suficiente la obligacion ó fuerza puramente moral, en que confiaba Malthus principalmente para contener el mal, cuando este llega á invadir alguna parte de la sociedad humana, muchos economistas se han devanado los sesos buscando remedios materiales, legales, hijos de las instituciones, de los reglamentos, de la accion directa del Estado. Nuestro español anónimo no dejó tampoco de buscarlos. Y despues de una sombría y extravagante exposicion de la idea de que todos los príncipes y los gobiernos todos de su tiempo, incluso los mas católicos, promovian de hecho y caso pensado continuas guerras, sin otro fin que desangrar sus pueblos é impedirles crecer con exceso (en lo cual encarecia mas su inteligencia y prevision que su piedad seguramente); nuestro anónimo, desahogado ya, y algun tanto repuesto de su mal humor y su pesimismo impio, trata de hallar tambien remedios prácticos, constantes y compatibles con la justicia, que aplicar al mal que describe. Entonces escribe los párra-

os que á continuacion copio, y con ellos completa y termina su obra :

« Confieso (dice despues de proponerse á sí propio las dificultades y las preguntas) el embarazo de la respuesta, por ser muy difícil hallar un bálsamo proporcionado á la cura de semejante herida, respecto á la imperfección de la naturaleza humana, en todas sus potencias ofendida gravemente en el original pecado, y por esto siempre inclinado á lo malo ; con que depende, no de nuestras pasiones, sino de una intemperata razon, porque siendo esta en tal manera pervertida y desviada de lo recto, viene á ser muy árdua la empresa del remedio. No obstante, si es verdad, que *adhuc modicum lumen in nobis est*, el soberano remedio seria un continuo pensar en la muerte, pues templando por este medio nuestras desordenadas pasiones, se vendria á desestimar las temporales miserias y poner todo el cuidado en merecer y alcanzar las delicias eternas. Tambien seria remedio el que los príncipes fuesen todos santos y justos, que no diesen mal ejemplo á sus vasallos, queriendo de estos el obsequio del *Regem honorificate*, y que no se olvidasen del *Deum timete*. Que considerasen no les es permitido el destruir tan bárbaramente á los vasallos, sino que les han sido dados como á pastor y padre, para administrarles justicia y alimentarlos, pues que su autoridad se acaba con la vida, y despues de ella, habiendo usado mal, *Potentes, potenter tormenta patiuntur*. Y supuesto que todas las miserias de los pueblos nacen de la demasiada multitud, propensa siempre á la novedad y revolucion, el remedio seria que la residencia de los reyes no durase mucho tiempo en una ciudad muy poblada, sino que de cuando en cuando mudasen la córte, pues, dividiéndose el concurso, quedarian mas seguros los príncipes y con mayor quietud los pueblos.

« El remedio seria que la mayor parte de los pueblos se retirasen del mundo y abrazasen el estado eclesiástico, ó al menos el celibato, y, sin ingerirse en cosas temporales, atendiesen con toda aplicacion á la observancia de su profesion, y particularmente de la castidad ; y, para inducirlos mas fácilmente, los príncipes y particularmente el cristianismo, por ser su reino muy poblado, contribuyan largamente con limosnas y privilegios, así á los hombres como á las mujeres que quieran retirarse, haciendo nuevas fundaciones de muchos monasterios, aun en una misma ciudad, y particularmente de aquellos religiosos, que, además de la bondad de la vida de que constan, saben modos peregrinos, no solo de chupar la sangre política (que tambien es servicio), sino de atraer á su compañía sujetos de todas gerarquías, con tal que tengan dinero, ingenio y nobleza. Que se instituyesen caballeros de hábitos diferentes muchas encomiendas, dignidades y beneficios, tanto eclesiásticos como militares, de los cuales solo los hombres libres pudiesen gozar ; cuyo medio hace subsistir la Italia con mas perfecta salud del cuerpo político, por lo que no la he comprendido entre las demás naciones que exceden en la abundancia de humores. Que ningun casado pudiese ser admitido á oficio ó ministerio civil, porque administrará la justicia con mayor rectitud un hombre solo y libre, pues el que se hallare con el cargo de mujer ó hijos ha de pensar en toda una familia. Que los soldados no pudiesen casarse, y, siéndolo antes de asentar plaza, no pudiesen aspirar despues á ningun puesto ó dignidad militar, porque este, para ayudar á su mujer ó hijos, hará mil estorsiones á los pueblos, y aun hará traicion al príncipe, llevado del interés. Finalmente, el remedio seria que en las ciudades y territorios, sus dependientes no permitiesen mas matrimonios de aquellos á cuyos descendientes pudiesen alimentar el terreno. Que la mujer que fuera del matrimonio produjese hijos fuese castigada rigorosamente, y los hombres muy incontinentes fuesen, como pena, condenados á casarse, sentencia que experimentarían mas sensible, en cuanto los excluía de todo puesto y dignidad, quedando obligados á contribuir á los subsidios del príncipe : con que seria raro el que no diria con los discípulos á Jesucristo, *prestat non nubere*. Pero porque *non omnes capiunt verbum hoc*, ya conozeo que censurarán estos remedios, por violentos atractivos de mil inconvenientes impracticables. Y así si esta *tucia* no sana el mal de ojos, séanos la misma luz mas odiosa, ó sirvanos por lo menos de *Alessio farmaco* para que no se babeen tantos disparates, que no dieran motivo de prepararla. »

De ineficaces ó extravagantes, de irreligiosos ó violentos es facilísimo calificar tales remedios, y la defensa seria tanto mas difícil, cuanto que, segun se acaba de ver, confiesa y reconoce que son el autor mismo. Mas ¿por ventura son mejores y mas prácticos remedios los propuestos por muchos de los economistas de nuestra edad ? He dicho ya que Malthus, menos seriamente estudiado que calumniado por sus adversarios, no hablaba que oponer al mal de que tratamos sino la prudencia en los matrimonios y el límite moral que está cada uno obligado á dar á sus pasiones, cuando puede ser perjudicial que las satisfaga. Esto no tiene nada de inmoral seguramente ; mas no deja de ser bastante parecido al remedio de la castidad, mediante el frecuente voto religioso, propuesto por nuestro *anónimo* John Stuart Mill, en su *Economía política*, fia tambien mucho al progreso de las luces, y principalmente á la igualdad de ocupaciones y oficios que pretende establecer entre los hombres y las mujeres, con la cual se lisonjea de arrancar esta preciosa mitad del género humano á la exclusiva profesion de la maternidad, que hoy en su concepto tiene ; esperando tambien, de paso, que se disminuyan las relaciones amorosas entre ambos sexos, al compás que se aumenten las industriales,

las administrativas y aun las políticas ; y en verdad que entre tales ideas y la de nuestro *anónimo*, de fijar por medio de la autoridad pública el número de matrimonios que en cada lugar conviene llevar á efecto, para no engendrar proles miserables y hambrientas, quizá sea mas sensata y práctica la última. La inocencia de los primeros años, el pudor de la adolescencia, el honor de la juventud, eran por lo que hace á Bastiat, como en lo esencial dejó ya expuesto, artículos providencialmente establecidos en la ley de limitacion de la especie humana ; ley propia de un ser inteligente, moral y preventiva, y las trasgresiones, de la cual, segun el propio economista, necesariamente tienen que ser castigadas por obra de la indigencia, las enfermedades y la muerte. Pues toda la diferencia entre Bastiat y nuestro *anónimo* en este punto, está en que el primero fiaba mas que el segundo en la espontaneidad humana para el establecimiento de la ley de limitacion, por lo cual queria el último disminuir los matrimonios, no á impulsos de la voluntad individual, sino por ministerio de la ley, imponiendo á los casados la pérdida de muchos de sus derechos civiles, ya que aspiraban al dulce honor de perpetuar su especie. Para mí, en suma (y como ya he dicho antes), tales remedios, modernos ó antiguos, son con evidencia insuficientes, y sus autores han solido dar escasas muestras de conocer á fondo el corazón humano. Pero hay cosas mucho peores todavía.

El artículo titulado *Population* del Diccionario de *Economía política*, publicado bajo la direccion de Coquelin et Guillaumin, contiene ya, no solamente remedios ineficaces, extravagantes, inmorales, sino hasta bárbaros é inhumanos, de los cuales seria ocioso dar aquí extensa cuenta, bastando á mi propósito declarar que, en comparacion con los modernos economistas que los han imaginado, debe tenerse á nuestro *anónimo* por hombre religiosísimo y muy mirado. Quien mas ha protestado en nuestros dias, y con mas rigor, contra el error de la escuela que él llama Ricardo-Malthusiana, ha sido sin duda Carey en sus *Principios de la ciencia social*, y nadie ha negado tampoco mas terminantemente que él mismo la necesidad de las guerras, de las hambres, de las enfermedades ó de la peste, para mantener el orden social « corrigiendo, » como él dice (y no sin repetir literalmente una de las frases de nuestro *anónimo*, antes copiada), « una supuesta gran falta del Divino Creador. » Y, sin embargo, ¿ qué oscuridad tambien y qué insuficiencia la de su doctrina, cuando trata de explicar la ley de poblacion y los medios por los cuales ha de evitarse su excesivo desenvolvimiento ! La verdad es que en este punto, como en tantos otros, la ciencia observa y establece los hechos, sin poder destruirlos, aunque pueda en gran parte modificarlos ; y que la *Economía política* del siglo XIX no está mucho mas adelantada acerca de la resolucion del temeroso problema de que se trata que la del XVII, representada únicamente en este punto por nuestro *anónimo*.

Y, en conclusion, puesto que es ya hora de poner término á este artículo, todo cabe negárselo al autor de los inéditos *Arcanos de la dominacion*, si no se le juzga con equitativa indulgencia ; pero nadie podrá dejar de reconocer en adelante que él fué el verdadero precursor de Malthus ; precursor tan digno de aprecio al menos como el nuevamente celebrado abate Mann, y con la ventaja (ya que de esto principalmente se trata) de haberle precedido siglo y medio.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Recuerdos de la guerra.

UNA VISITA AL CAMPO DE BATALLA DE FROESCHWILLER.

En dos horas el ferro-carril nos conduce á la estacion de Reichshoffen, pueblo de 2,500 almas situado mas abajo del célebre campo de batalla de Froeschwiller ó de Wörth. No sin emocion entré con mi compañero de viaje el dibujante Darjou, en el bonito camino departamental que conduce á Sultz-sous-Forêt, y atraviesa por consiguiente, en toda su longitud, el territorio de la terrible lucha del 6 de agosto de 1870.

Las últimas bombas lanzadas por los prusianos, destrozaron algunas casas y el campanario de Reichshoffen ; pero en ninguna parte se encuentran señales de lucha, y se comprende que llegado al pueblo el cuerpo de Mac-Mahon, no formaba ya mas que un tropel en el cual los proyectiles abrian sangrientos surcos.

El camino parece un inmenso cementerio, pues por todas partes se ven túmulos con crucecitas de madera blanca. Al principio no hay muchos, pero despues de haber subido una cuesta de tres kilómetros, se multiplican de un modo espantoso. Entonces se llega á la planicie en donde chocaron los ejércitos de Mac-Mahon y del príncipe real de Prusia.

Antes de pasar adelante se echa una postrer mirada á la hermosa cordillera de los Vosges, cuyas verdes cumbres se destacan en el horizonte en direccion de Saverne, y se piensa en las angustias de los pobres soldados que debieron refugiarse por aquella parte.

A los lados del camino, muchos restos de equipo militar indican el puesto en que pernoctaron el 5 los valientes de la division Abel Douay que treinta y seis ho-

ras antes se habia batido en Wissemburgo en la proporcion de uno contra seis y ocho. Los coraceros del general Bonnemains, 1º, 2º, 3º y 4º regimiento que debian inmortalizarse al otro dia, pararon tambien allí, así como el 3º de húsares y el 11º de cazadores.

El sitio es precioso : por todas partes arroyos, hermosos árboles, viñedos y praderas ; los muertos deben descansar en paz bajo esas frescas sombras que recuerdan los cementerios tureos. Pero mirando hacia adelante se oprime el corazón, porque aparece la aldea de Froeschwiller con sus casas ruinosas. A medida que se avanza se agolpan los tristes recuerdos ; todas las casas que están en pie se ven acerbilladas de balazos, en tanto que otras fueron arrasadas completamente, y el espectáculo se hace horrible en la encreujada por el camino de Reichshoffen á Wörth y el camino de Nechwiller á Morsbronn por Elsashausen, que sigue la cresta de la planicie y marca perfectamente la línea de batalla del ejército francés. Cerca de esa encreujada se reunieron al caer la tarde, los últimos combatientes bajo una lluvia de balas y metralla. En medio de la incendiada aldea, el intrépido general en jefe intenta un postrer esfuerzo para reconquistar la aldea de Elsashausen, situada á 500 metros del ángulo de la aldea representada en el dibujo. Pero ¿ qué podian hacer dos ó tres mil héroes contra los 60,000 hombres que los rodean y abrasan con sus fuegos ?

A las tres y media de la tarde, los últimos defensores habian caido muertos ó huian en desorden hacia Reichshoffen, no sin haber hecho pagar cara su derrota.

De la encreujada el camino baja hacia Wörth, adonde se llega en menos de veinte minutos ; pero los árboles ocultan la vista, y dejando para otro dia el buscar un observatorio, nos dirigimos hacia el meson del *Caballo blanco* de M. Christmann, un ardiente patriota que nos dió minuciosos detalles sobre el furioso combate de la aldea de Wörth. Su casa se trasformó en ambulancia, y los heridos le comunicaron á él los hechos mas interesantes.

El valiente é infortunado general Raoult, á la cabeza del 8º batallon de cazadores, de los 36 y 48 regimientos de línea, 2º de zuavos y 2º de tiradores argelinos, hizo prodigios de valor y contuvo durante mas de tres horas (de las once de la mañana á las dos de la tarde) todos los esfuerzos del 5º cuerpo prusiano de Kirchbach, sostenido á retaguardia por el primer cuerpo bávaro formando un total de 65,000 hombres con 492 cañones. En medio de un islote formado por el Sauerbach en la misma aldea, se alza una vieja y alta torre de la edad media, que los redactores del *Gaulois* y del *Figaro*, señores Cardon y Chabrilat tuvieron la mala idea de escalar para ver la batalla. Hechos prisioneros por los prusianos, que les acusaban de haber tomado una parte activa en la lucha, no debieron su salvacion sino á la intervencion del príncipe real. Con los sanguinarios bávaros su pérdida era segura : díganlo Wissemburgo y Bazeilles.

De Wörth volvimos á subir á la planicie por el camino de Elsashausen, que forma una V con el de Froeschwiller.

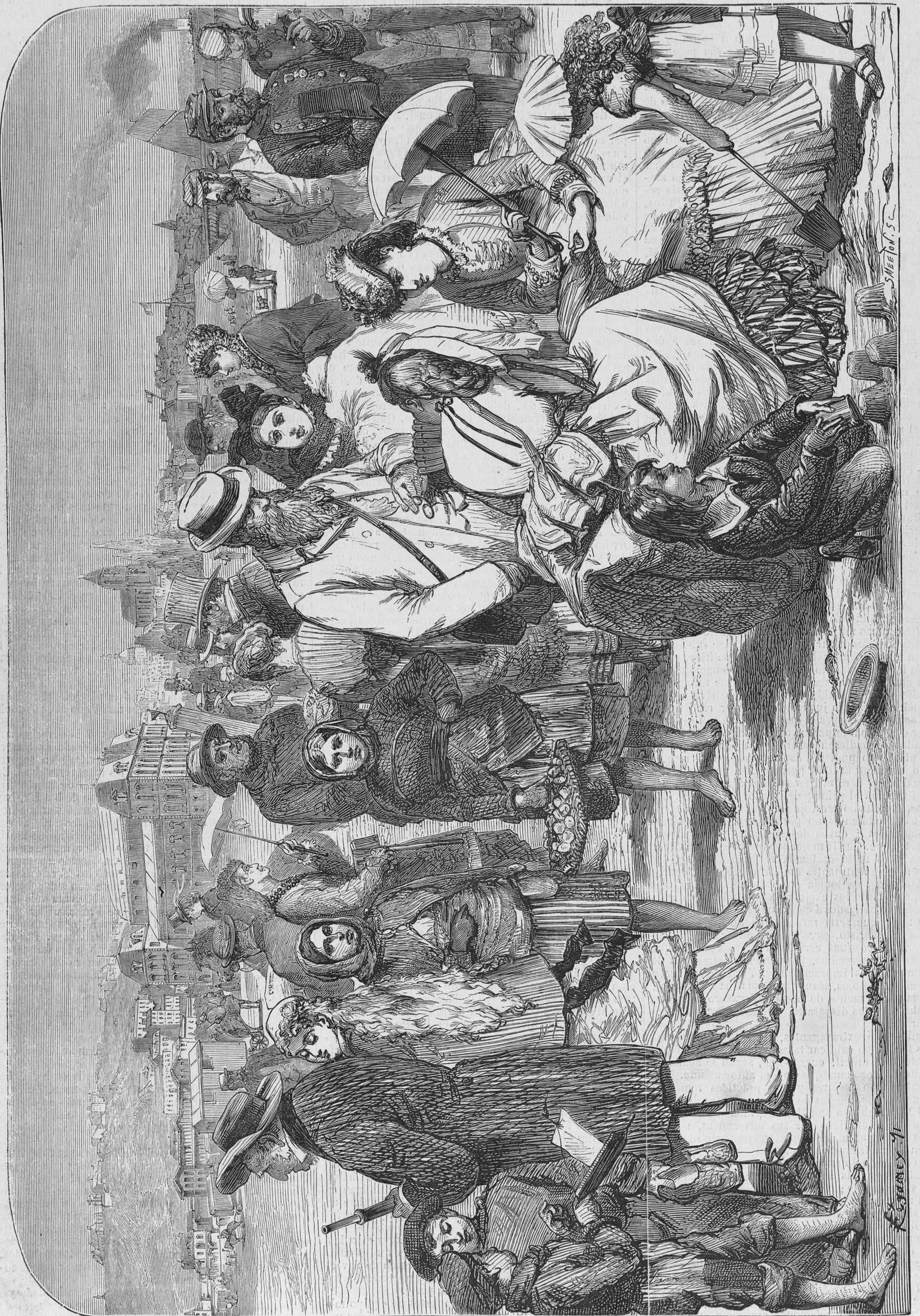
Al salir de la aldea nos detuvimos á la derecha para contemplar el modesto monumento elevado al bizarro general Maire, que con una brigada llegó en socorro del general Raoult envuelto por las masas enemigas. Un poco mas allá, á la izquierda, en medio de una altura desde la cual se distingue todo el campo de batalla, hay un magnífico castaño que los habitantes llaman hoy *Arbol de Mac-Mahon*. Una inscripcion recuerda al viajero que desde ese punto Mac-Mahon dirigió los movimientos de su ejército, en tanto que enfrente, su adversario el príncipe Fritz, habia establecido su cuartel general cerca de un sitio denominado los *Tres diamos*. Los dos generales podian distinguirse con sus gemelos.

Desde su observatorio, el duque de Magenta veia muy bien á la izquierda, las aldeas de Froeschwiller y de Nechwiller, á su derecha el Niederwald, ocupado por el general Lartigue, y á retaguardia Elsashausen. Por delante, al pie de las alturas que ocupaban los franceses, corria por los prados y las viñas el Sauer ó Sauerbach ; mas allá, en las pendientes opuestas aparecen, comenzando por la izquierda, el convento de Liebfrauberg, las aldeas de Goersdorf, Dieffenbach, Spachbach, Oberdorf y Gunstett, desde donde los 350 cañones puestos en línea por los prusianos, abrasaron por espacio de cuatro horas las cinco divisiones francesas que no poseian mas de 438 bocas de fuego, contando 30 ametralladoras.

Siguiendo el mismo camino no se tarda en hallar las señales de las primeras casas de Elsashausen, en cuyo punto hubo un combate desesperado de mas de dos horas. La aldea formaba el centro de la línea francesa, y su pérdida causaba la del ejército que tenia empeñadas las últimas reservas.

Oblicuamente á Froeschwiller los coraceros de Bonnemain ejecutaron las cargas maravillosas que no pudieron mas que entorpecer un instante el movimiento ofensivo de los prusianos, retardando la inevitable caída de Elsashausen. Un antiguo lancero de la guardia domiciliado en esta última aldea y que presencié los esfuerzos sobrenaturales de aquellos soldados, nos indicó el terreno plantado de árboles frutales que recorrieron bajo un fuego infernal los infortunados soldados. Las balas llovian de tal modo, que hacian sobre las corazas el ruido de una granizada.

De Elsashausen, el camino de que hemos hablado ya, nos condujo al cortijo de Abrechhauserhof, á cuyo lado se mantuvo el valiente general Lartigue, que se retiró el último con el general Lacroix. Sus piezas estaban

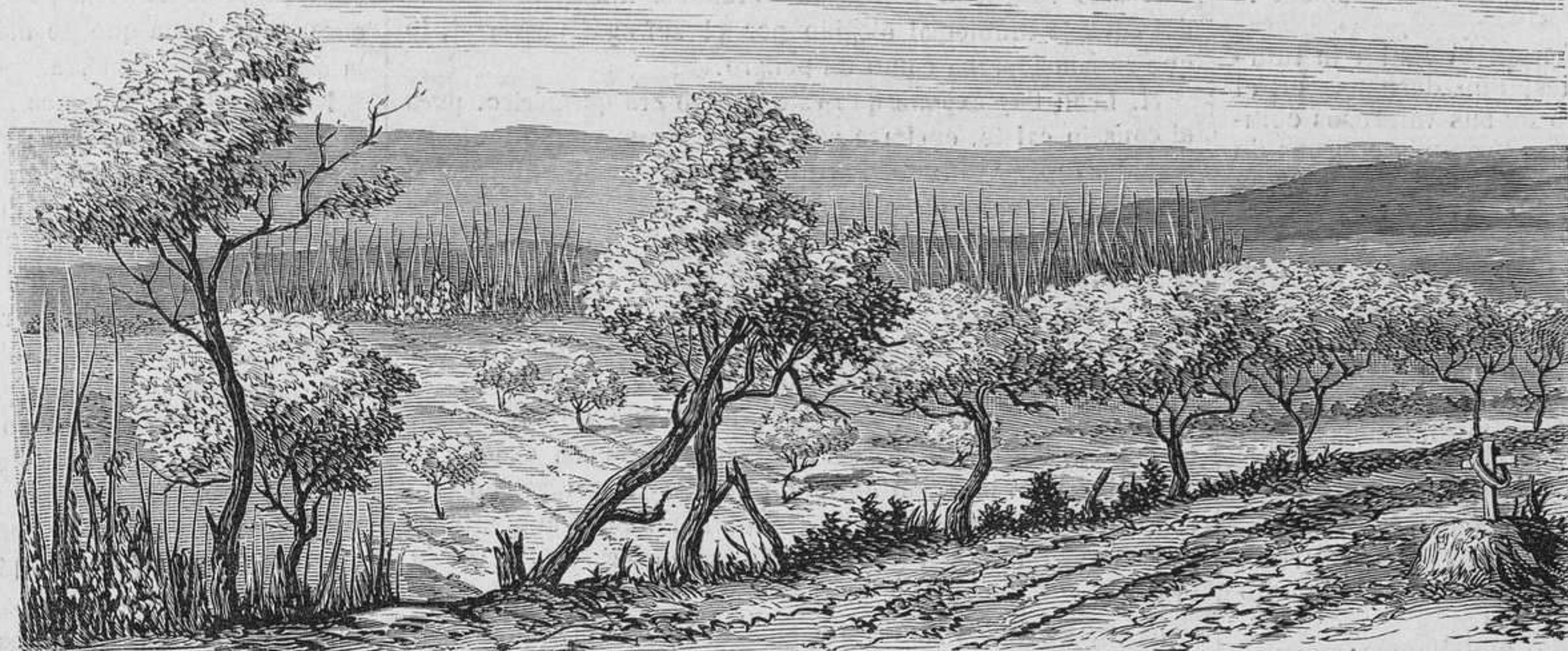


LOS BAÑOS DE MAR. — La playa de Boulogne

SMEETON. S.

LE GUYON. J.

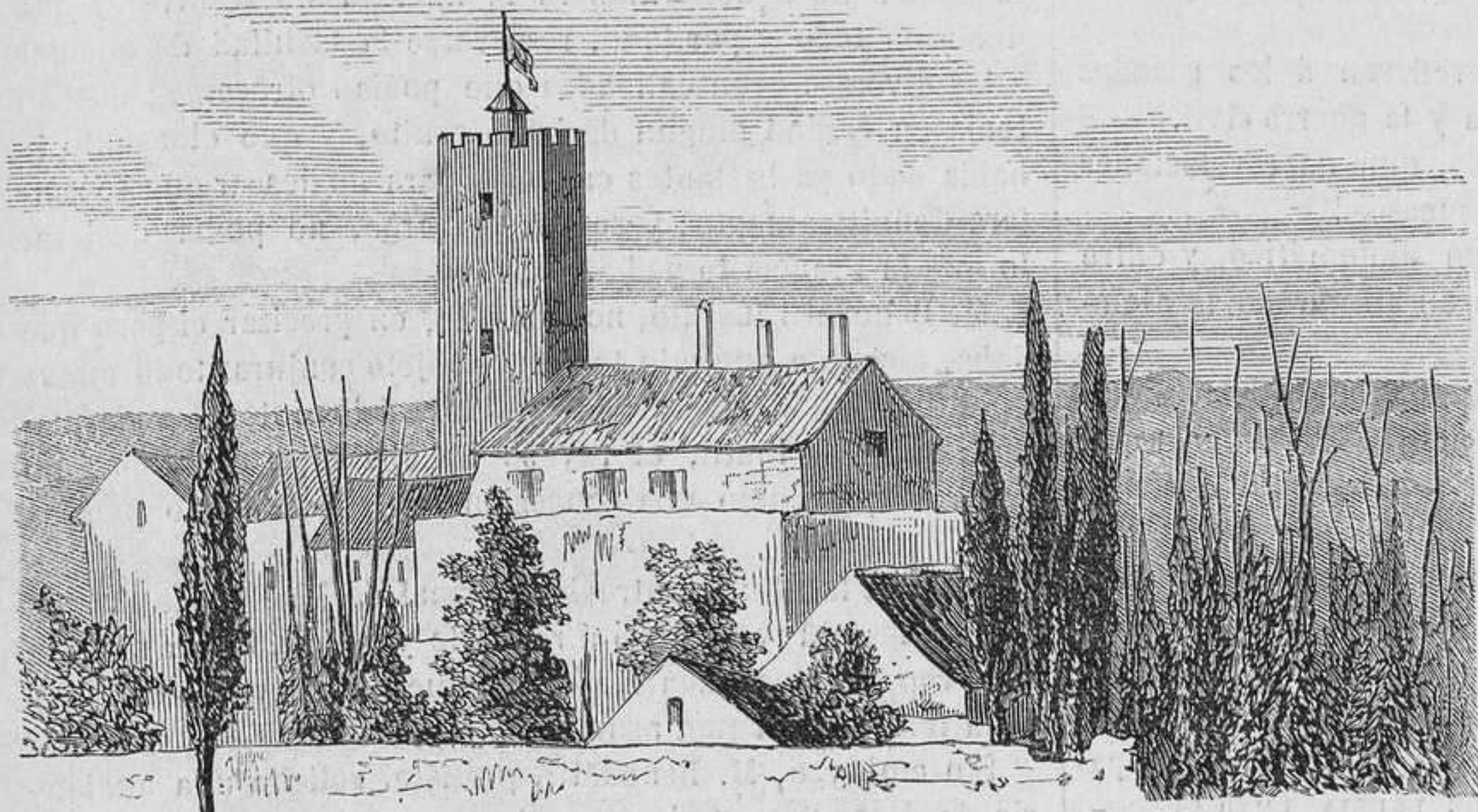
ya desmontadas ó sin municiones y su infantería se había replegado, y aun no podía él decidirse á abandonar aquel campo de matanza. Otro esfuerzo tan inútil como los anteriores hicieron á las dos de la tarde el 6º de lanceros, el 8º y el 9º de coraceros para detener al enemigo que avanzaba por Morsbronn. Casi todos fueron muertos ó cayeron prisioneros. El dibujo representa á esos heroicos escuadrones en el momento en que viniendo de la aldea de Eberbach atraviesan á escape el camino que baja de la planicie hacia Morsbronn, para tratar de proteger la reti-



RECUERDOS DE LA GUERRA. — Terrenos que recorrieron los coraceros y lanceros de Reichshoffen.

rada de sus hermanos de armas, envueltos como siempre por un enemigo tres ó cuatro veces superior.

Nuestra visita al campo de batalla estaba terminada, habiendo llegado al punto en que la cuarta division de Lartigue fué destrozada por el 41º cuerpo prusiano y los wurtembergenses sostenidos por los badenses. Cazadores de infantería del primer batallon, soldados del 33º de línea, del 3º de zuavos y del 3º de tiradores argelinos, rivalizaron en bizarría y audacia para contener al enemigo. ¡ Vanos esfuerzos! La desgracia de la Francia estaba



La torre de Verth.



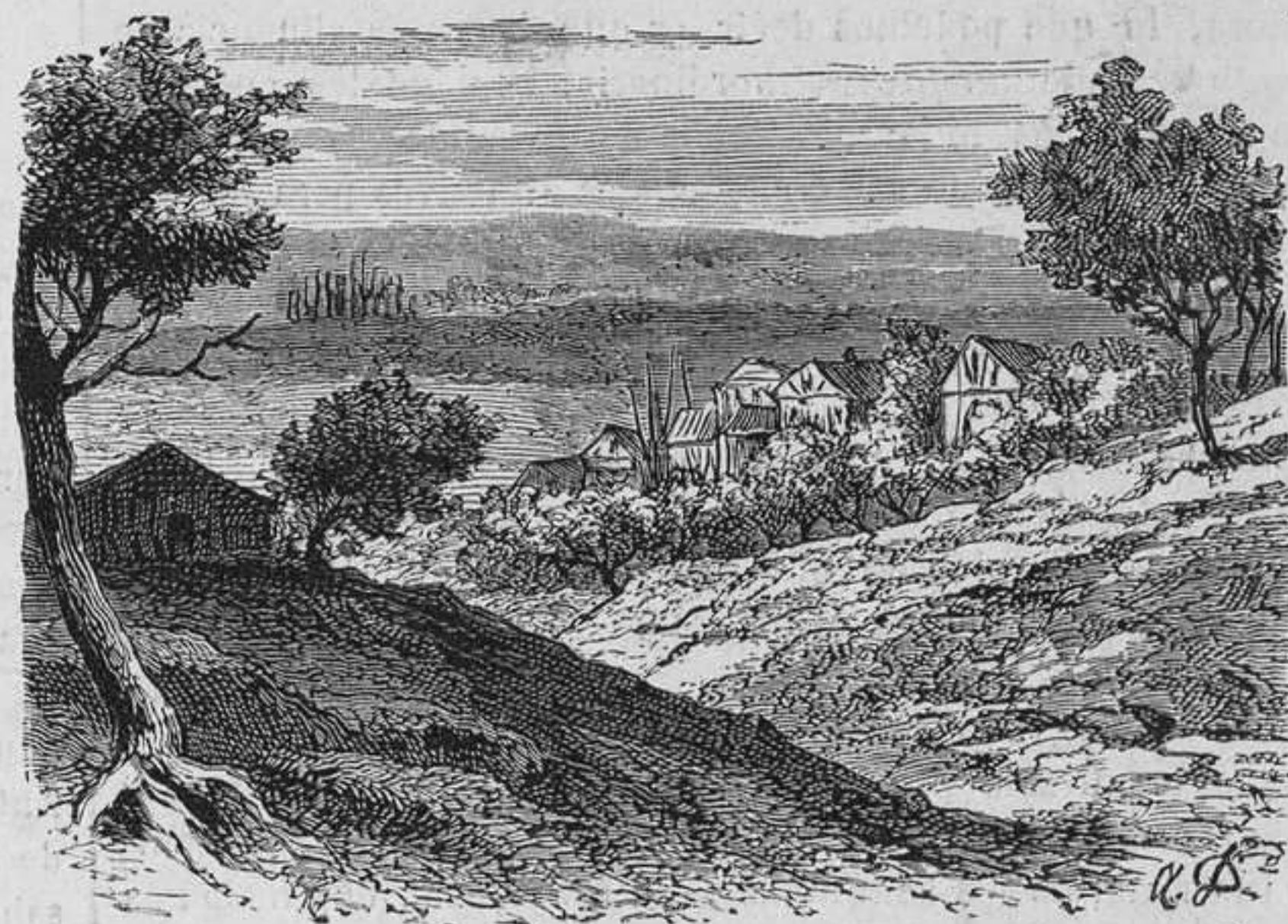
Entrada de Elsashausen.



Cementerio de Eberbach.



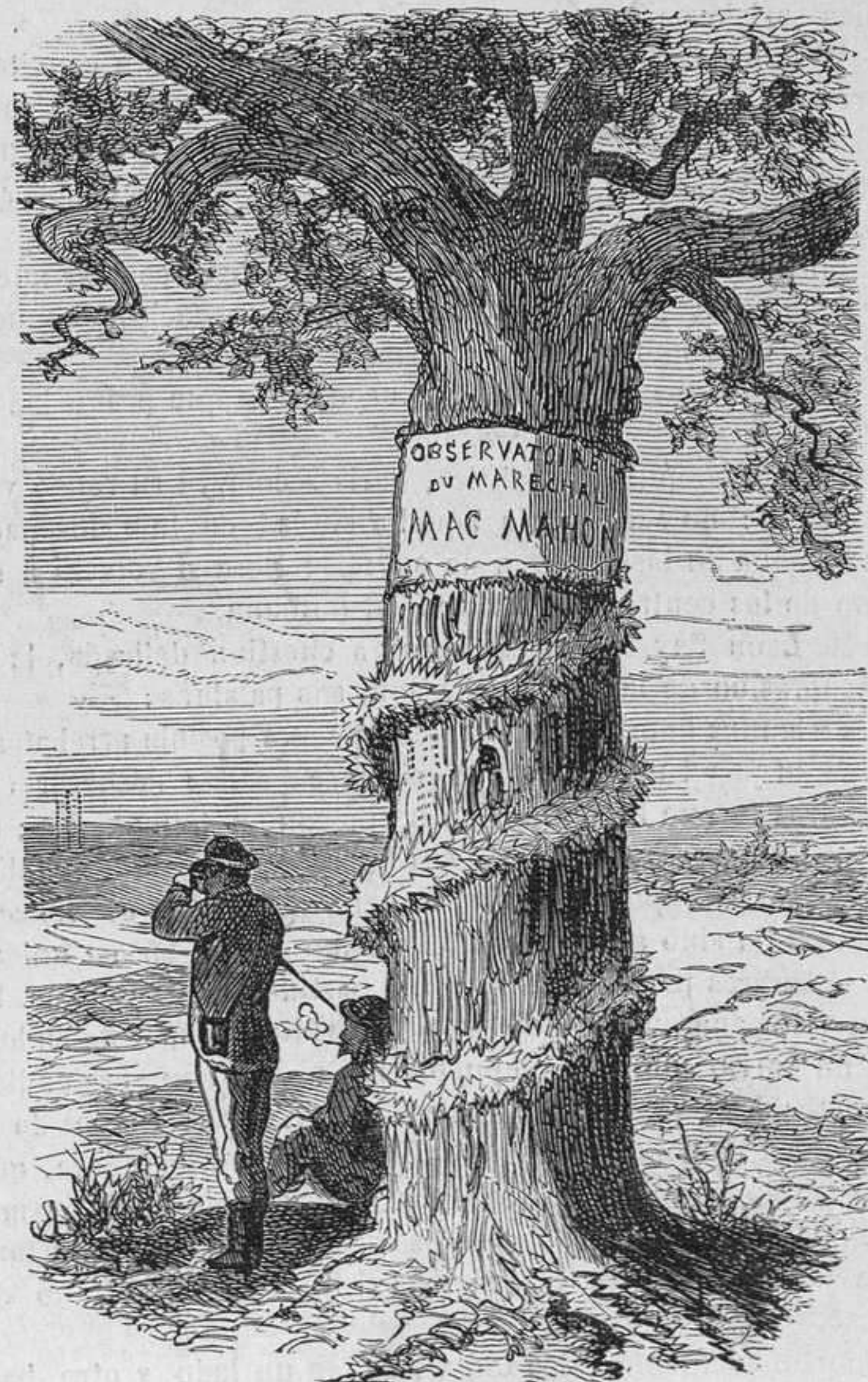
Tumba del general Maire.



Morsbronn.



Aldea de Fröschwiller, en el camino de Elsashausen.



El árbol de Mac-Mahon.

inscrita en el libro del destino, y el 2 de agosto, á las seis de la tarde, tuvo principio aquel funesto movimiento de retirada que no debía detenerse hasta la conclusion de la paz.

Antes de entrar en Reichshoffen quise visitar la tumba del teniente coronel Deshorties, que descansa en el cementerio de Eberbach, rodeado de sus valerosos compañeros de armas del 3º de zuavos y demás cuerpos de la division de Lartigue. Una emocion profunda invade al viajero sorprendido, al encontrar las tumbas de los guerreros que indican las cruces blancas en medio de las de los humildes aldeanos que duermen allí en su rincon de tierra el último sueño. Eberbach, situado en un verde valle, parece un oasis apacible en medio del ruido de las armas que se oía por todos lados en la fúnebre jornada del 6 de agosto.

¡ Los médicos establecieron allí sus ambulancias, donde hubo tan enorme cosecha de cadáveres !

No se crea por esto que los habitantes de esas modestas casas sean indiferentes á las desgracias de la patria. Al oírnos hablar la lengua francesa, mas de un furtivo apretón de manos nos probó que estábamos en medio de amigos que lloran la patria perdida.

Sí, nos esperan con impaciencia y debemos organizarnos para volver á ser los franceses de antes, pues en la otra parte de los Vosges hay hermanos desgraciados que sufren cruelmente una separacion que les desespera.

A. W.

Revista de Paris.

Se acerca el mes de noviembre, época del año en que los parisienses que viven en el campo ó pasan la estacion veraniega en los baños de mar, regresan á Paris, y se notan los primeros síntomas, los primeros cambios de la estacion que se prepara. Pronto sabremos pues, á qué atenernos sobre el aspecto que ofrecerá la capital en el invierno próximo. Por ahora, lo que podemos decir es que hay una afluencia de gente verdaderamente extraordinaria. Los hoteles cuajados de viajeros, los bulevares llenos de paseantes, indican que Paris no ha perdido sus tradicionales atractivos para los extranjeros y los provincianos que consagran estos meses á los viajes. En cuanto á los parisienses propiamente dichos, muchos abandonan ya sus moradas campestres, libres de aquellos cuidados que inspiraban hace algun tiempo las cosas políticas. Se cree en un período de calma y se confía tanto en el patriotismo de la generalidad de la nacion, como en la firmeza del gobierno que cuenta con medios suficientes para hacer respetar el orden, si lo que no es de suponer, llegase á alterarse.

Sin embargo, no por esto podemos anunciar que se hable ya de las fiestas propias de la temporada. Otros años por este tiempo, la llegada de la emigracion campestre era siempre la señal de los banquetes y las reuniones: hoy nada nos dicen sobre este punto los ecos mundanos. Mas si faltan los festines particulares, en cambio ha habido esta semana un gran banquete oficial que interesa particularmente á la crónica parisiense.

Los alcaldes y adjuntos de Paris han dado un convite al prefecto del Sena, y en él M. Leon Say ha pronunciado un discurso con apreciaciones y promesas sobre el estado presente y futuro de la capital que debemos dar á conocer en sustancia á nuestros lectores.

En primer lugar, el prefecto del Sena hace constar que el trabajo renace, que la actividad de los negocios es mucho mayor de lo que suponen muchas personas.

Los derechos de puertas producen ya lo que producian en 1869.

Con la tranquilidad política, Paris recobrará su rango y su grandeza: no será quizás aquella ciudad de lujo insensato mas digna de lástima que de envidia; pero sí volverá á ser uno de los centros de la actividad humana.

M. Leon Say trata despues una cuestion delicada, la de la supresion de la capital; hé aquí sus palabras:

« Algunos hombres han creído que era posible arrebatarse á Paris su papel natural, como si fuese posible deshacer con palabras lo que la historia ha hecho con el tiempo. No; no se podrá hacer que Paris no sea la capital de la República francesa, y lo que se ha dicho sobre esto no nos convence.

Paris ha sido amenazado del mismo modo en su unidad por hombres pertenecientes á los partidos mas opuestos. Se han visto anarquistas que querian dividir Paris, instalándose en un barrio como en un pueblecillo aislado, que pretendian someter á su yugo; y se han visto tambien diputados de la Asamblea nacional imbuidos de la idea conservadora, que querian cortar veinte ciudades pequeñas en la ciudad grande, por una especie de reminiscencia de una constitucion, que á principios de este siglo existió de nombre, no de hecho.

Afortunadamente estas tentativas de un lado y otro han

fracasado, y la unidad de Paris se conserva intacta. Así debe ser para que no se rebaje la grandeza de Paris. »

A este resultado contribuirá grandemente la instalacion del consejo municipal elegido por el sufragio universal, lo que se consideraba como un peligro.

M. Leon Say expone que este peligro era quimérico, pues el consejo existe, encierra en su seno personas que profesan las ideas mas avanzadas, y no por eso se han entorpecido los negocios, muy al contrario.

La conclusion, en resumen, es la siguiente:

Los negocios se harán y se harán bien.

Y con efecto, sin un consejo electivo ¿ cómo habria sido posible hacer aceptar á la poblacion las cargas que hay que imponerla y que son el funesto legado del imperio ?

Sin un consejo municipal como el que hoy funciona, al cabo de tantas desgracias, de tantas pérdidas, cuando se esperaba una reduccion de una mitad en las cargas, no podria conseguirse que en vez de reduccion hubiese aumento.

El fin del discurso es un brindis á Paris, capital de la Francia.

Si alguno de los ramos del trabajo corrobora, en efecto, la afirmacion del prefecto del Sena sobre la actividad que han vuelto á tomar los negocios, es seguramente el de la librería. El número de obras que se dan á luz es verdaderamente prodigioso.

Casi todas, como es natural, se refieren á los pasados acontecimientos, la guerra extranjera y la guerra civil.

¡ Qué de datos, qué de documentos, qué de revelaciones curiosas para la historia de los tales sucesos !

Hoy habla un general, mañana un diplomático, y entre tantas obras hay algunas que excitan en alto grado la atencion pública.

Quizás se recordará que á los primeros descalabros que sufrieron las armas francesas, la nacion se preguntaba con asombro qué habia hecho la diplomacia que no dió á conocer los formidables recursos con que contaba el enemigo.

M. Benedetti, ministro del imperio en Berlin, era el blanco de todos los ataques, y su fama y buen nombre se vieron comprometidos.

El embajador francés tuvo paciencia; reunió datos, coordinó la historia de los hechos, y por fin dió á la estampa una obra con el título de MI MISION EN PRUSIA, cuya primera edicion se ha agotado en breves dias.

Nada mas instructivo en efecto, que este libro.

El conde Benedetti encabeza esta coleccion de documentos con una carta á un amigo suyo, de la cual vamos á tomar los siguientes párrafos que exponen el objeto del trabajo, y que contienen la justificacion de M. Benedetti:

« Cuando fui enviado á Ems, ¿ qué me ordenaban mis instrucciones? Obtener el desistimiento del príncipe de Hohenzollern á la corona de España, que habia aceptado, y la aprobacion explícita del rey de Prusia á esa resolucion. ¿ Salí bien de mis gestiones, que solo por esta vez se dirigian personalmente á un monarca poderoso, justamente orgulloso de sus triunfos? Seguramente. Habia, en efecto, en cuatro dias de negociaciones, y respetando todas las susceptibilidades, cumplido el mandato de que estaba encargado. El príncipe Antonio habia notificado al gabinete de Madrid la renuncia de su hijo, y el rey, al anunciármelo, tuvo á bien hacerme saber, y me autorizaba para decir á Paris que habia dado á ella su aprobacion como soberano y jefe de familia.

Algunos diputados del Cuerpo legislativo, considerando como insuficientes las concesiones que se nos habian hecho, quisieron interpelar al gobierno, pretendiendo que era preciso exigir de Prusia el compromiso de que ningun príncipe de la casa Hohenzollern consentiria en adelante en subir al trono de España.

La interpelacion, á la verdad, quedó aplazada; pero el objeto de ella fué públicamente enunciado en la tribuna, y el ministerio, juzgando sin duda indispensable ante la exaltacion creciente del sentimiento público que debia prestar oídos al deseo que la habia sugerido, decidió enviarme nuevas instrucciones para obrar en ese sentido.

¿ Era necesaria esa garantía? ¿ Era sincero y profundo el movimiento que habia estallado en todas las clases de la poblacion? ¿ No podia el sentimiento nacional ser contenido ó satisfecho de otro modo ?

¿ Quereis saber lo que puede hacerse aceptar á la credulidad pública? Voy á decíroslo. En las filas de nuestros soldados, y aun entre algunos de nuestros oficiales que buscan causas á nuestras derrotas, se da como cosa corriente que Prusia movilizó su ejército desde el mes de junio, esto es, algunas semanas antes de la declaracion de guerra; que consiguió sustraer á mi investigacion la completa ejecucion de esa medida, y que no dió noticia alguna de ella á Paris; que de ese modo nos habíamos visto adelantados y sorprendidos por el enemigo en mitad de las disposiciones que tomábamos para entrar en campaña.

Esto es absurdo, porque es falso é imposible.

Sabeis en efecto que Prusia no convocó sus reservas sino cuando anunciamos en la sesion de 15 de julio nuestra resolucion de reivindicar por las armas las seguridades que no se queria concedernos voluntariamente, y que es una insensatez suponer que puede ponerse sobre las armas á centenares de miles de hombres á la vez, disimulando esta medida á la atencion pública y especialmente á la de la prensa. »

Concluida esta introduccion M. Benedetti inserta toda la série de los documentos que mediaron entre su embajada y el gabinete de Tullerías, acerca de la mision de que estaba encargado, hasta que se dió por terminada la cuestion con la declaracion de guerra.

Ni en extracto podemos indicar á nuestros lectores el contenido de tanto despacho; sin embargo, nos fijaremos en los últimos, porque ellos aclaran la última fase de la negociacion que produjo el rompimiento.

M. Benedetti escribe de Ems el 13 de julio, que en cumplimiento á las órdenes del ministro M. de Grammont, fué á primera hora del dia á ver al rey, y le dió parte del desistimiento del príncipe de Hohenzollern, añadiendo que el partido que habia tomado el príncipe no podia tener valor alguno para la Francia, si no era aprobado por S. M., con la garantía de que si en lo sucesivo el príncipe cambiaba de opinion, el rey se opondria terminantemente y no le permitia jamás que se sentara en el trono de España.

El rey Guillermo se quedó muy sorprendido.

— Me pedís, dijo al embajador, un compromiso sin término y para todos cuantos casos se presenten: no puedo aceptarlo.

Y queriendo justificar su negativa añadió, que no podia enagenar de aquella manera la libertad de resolver y que debia en todo y por todo, reservarse la facultad de atender á las diversas eventualidades que podian ofrecerse; que no tenia en verdad ningun designio oculto, y que el asunto le habia dado ya bastantes cuidados para no desear que se zanjara definitivamente; pero sin embargo, no podia declarar lo que la Francia le pedia.

M. Benedetti insistió, no obstante, en precisar el paso que daba, diciendo que solo tenia por objeto conjurar todo nuevo disistimiento y devolver la confianza á los intereses alarmados; todo fué inútil, el rey se hallaba bien decidido á no hacer lo que llamó una concesion tan nueva como inesperada.

Esta fué la última entrevista formal de M. Benedetti.

Despues el rey se negó á recibirle y le envió un ayudante para repetir que nada mas tenia que añadir y que consideraba terminado aquel asunto.

Sin embargo, M. Benedetti, persiste, solicita una audiencia de despedida, y el rey contesta que le podrá ver en el salon que le está reservado en la estacion algunos momentos antes de la marcha, pues se ponía en marcha para Colblenza.

Y á todo esto arrecia la tempestad; los que rodean al rey se expresan en términos deplorables, los periódicos alemanes publican noticias ofensivas para la dignidad del embajador, el viaje del rey no tiene otro objeto que el de regresar á Berlin inmediatamente.

El último telégrama de M. Benedetti es del 14 de julio, á las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde, y dice así:

« He visto al rey en la estacion, y se ha concretado á decirme que nada tenia que comunicarme y que su gobierno podria continuar las negociaciones. Además, S. M. me confirmó que su regreso á Berlin tendria efecto mañana temprano. »

Allí acabó la mision que dió por resultado la funesta guerra.

Despues de leídos tantos documentos, no cabe duda que M. Benedetti fué un diplomático muy hábil, que supo observar los acontecimientos, que cumplió su cometido enterando prolijamente á su gobierno de todo lo que ocurría y que lejos de haber incitado á la guerra, se mostró siempre muy opuesto.

Llegamos al fin de esta revista y debemos ocuparnos de las novedades teatrales de la semana.

No son muchas por cierto, ni notables.

¿ Qué hacen los empresarios que no aprovechan la multitud de poblacion flotante que hay en Paris, y que no desea otra cosa que pasar la noche en el teatro ?

Todo el repertorio es conocidísimo, y parece imposible que con tantos meses de descanso, los autores franceses no tengan en cartera algunas novedades.

Sin embargo, noches pasadas el Odeon estaba resplandeciente, reunia ese público privilegiado de las primeras representaciones.

Allí habia representantes del mundo político y financiero, de la diplomacia, de la prensa; y habia ya muchos de los parisienses ausentes durante el verano, y que en la estacion actual prefieren los perfumes de Guerlain al embalsamado pero fresco ambiente de los campos.

Se daba pues, una comedia en tres actos de M. Cadol, titulada: *les Creanciers du bonheur*, lindo título lleno de promesas que, desgraciadamente, no fueron realizadas.

Un opulento banquero representa la *felicidad* y sus acreedores son un enjambre de parientes y de malos amigos en conspiracion permanente contra sus caudales.

Hay en esta produccion tipos bien estudiados; pero la intriga dramática peca de falta de interés, languidece continuamente y sin la gracia particular de M. Cadol para escribir el diálogo, es seguro que pasado el primer acto, se habria hecho punto menos que intolerable.

M. Cadol tiene contra sí un triunfo como se cuentan pocos: el que le valió su inimitable estudio, titulado: *los Inútiles*. Aquella boga tan justificada y merecida, le abrió

las puertas de todos los teatros de París y él aprovecha sus entradas; pero por desgracia, no encuentra nunca otra cosa que la consideración debida al autor de aquella pieza incomparable. Es decir que sus caídas son leves, en tanto que sin aquel antecedente serían mortales.

MARIANO URRABIETA.

Viajes.

EL DESIERTO DE LIBIA.

(Continuación. — Véase el número 978.)

Hicimos un descanso en un bosquecillo de palmeras, y mientras estábamos allí pasó á poca distancia de nosotros una caravana de gentes de Siwah. Tres ó cuatro de los hombres que la componían se acercaron á nosotros, y uno de ellos, que era el único que fumaba, aceptó una pipa y fumó por algunos minutos con placer. Hasta entonces nada nos podía hacer pensar que nuestra llegada no fuese vista con buenos ojos por los habitantes del oasis.

Todos aquellos con quienes habíamos hecho conocimiento se mostraban corteses y respetuosos, y recordando el excelente recibimiento que habíamos tenido en Garah, ninguna duda abrigábamos acerca del que nos aguardaba en el delicioso valle cuyas bellezas naturales saboreábamos de antemano.

Una hora de marcha á través de pantanos salobres, de campos y de bosquecillos nos condujo á otro manantial, donde resolvimos pasar la noche: á poca distancia de nosotros, el crepúsculo nos permitía divisar una pequeña aldea.

No tardaron en venir á visitarnos algunos habitantes que nos trajeron por vía de regalo enormes cebollas, deliciosos dátiles amarillos, algunas granadas y una especie de torta. Mientras que tomábamos el té permanecían aquellos hombres fuera de la tienda, hablando unas veces con nosotros y otras entre sí; no obstante, aunque se mostraban bastante corteses, era evidente que nuestra llegada les causaba inquietud. La mayor parte de ellos no habían visto en su vida el rostro de un franco, y algunos solo recordaban haber visto tres ó cuatro cuando la conquista del oasis por Hassanbey Shamburghí en 1819.

Aquellos francos eran sin duda el baron Minutoli, Liant Bey, M. Drovetti, y el coronel Boutin que visitaron á Siwah, por la seguridad que les ofrecía una invasión reciente. Desde entonces ningún europeo había penetrado en el valle.

Estando en esta conversación oímos ruido de caballos: en el espacio de pocos segundos se halló nuestro campamento rodeado de una tropa bastante numerosa de ekeikes y de otros altos personajes que llegaban de Siwah-el-Kebir, capital del oasis. A través de la oscuridad divisábamos en confusa mezcla los albornoces y las barbas blancas y grises, y muy luego cerró la entrada de nuestra tienda una pirámide de rostros inquisidores.

Primero la atención de aquellos señores se encontró toda en Yunus: interrogáronle minuciosamente sobre los motivos de nuestro viaje, y no parecieron quedar muy satisfechos de sus respuestas: en una palabra, no tardamos en conocer que nuestra presencia en el valle no les era agradable en modo alguno. Uno de ellos parecía encargado de una misión oficial, se acercó en seguida y nos dirigió con forzada cortesía una serie de preguntas bastante minuciosas, transmitiendo sucesivamente nuestra respuesta á la multitud que estaba fuera.

Parecieron extremadamente sorprendidos de hallarnos tan enterados de las diversas posiciones que presenta el oasis, así como de las ruinas que habíamos visitado en diferentes puntos de nuestro viaje: incapaces de comprender el género de curiosidad que allí nos llevaba, sus conjeturas vagaban sobre dos suposiciones tan poco á propósito una como otra para hacérsenos propicios. Según ellos, debíamos ser buscadores de tesoros ó agentes del bajá encargados por el gobierno de preparar un aumento al sistema actual de impuestos. Sin embargo, nuestro pasaporte extendido en la debida forma les dió en qué pensar, pero cuando se separaron de nosotros por la noche, no estaba aun resuelta la cuestión: el firman les intimaba que nos recibiesen bien, pero la gazoña usaba otro lenguaje.

De consiguiente nuestra seguridad en aquel apartado rincón del desierto iba á depender del conflicto creado entre el temor del gobierno por un lado, y por otro el odio fanático de una tribu de bárbaros, cuyo aislamiento ó ignorancia les hacen mirar á los cristianos como el desecho de las criaturas de Dios, á los ingleses como una raza degradada sin patria ni hogar y condenada por lo tanto á vagar por el Océano en barcos, y á los franceses como un pueblo de negros que vive á la manera de los antiguos trogloditas en la cima de una alta montaña erizada de cuevas y cavernas.

Esta mañana dejamos nuestra tienda para hacer una excursión hacia la capital. Teníamos delante de nosotros en el valle tres colinas elevadas de forma cónica, y al

pasar junto á una de ellas llamada Gebel-el-Muta ó la montaña de los muertos, advertimos con sorpresa que estaba perforada en todos sentidos por infinito número de galerías destinadas á servir de catacumbas, lo cual le daba el aspecto de un enorme panal de miel. Hace algunos años que se hizo en Londres la proposición de construir en sus inmediaciones una vasta pirámide, cruzada en su interior por galerías con nichos donde fuesen depositados todas las semanas el millar de individuos de todas edades y condiciones que aquella gran capital va morir en su seno.

Esta idea que no tuvo ulteriores consecuencias, se halla aquí realizada en menor escala. No cabe contemplar cosa mas curiosa que aquella masa imponente cambiada en un sepulcro general y que ofrece en toda su superficie filas de aberturas semejantes á las ventanas ruinosas de un edificio gótico.

Después de dejar á nuestra derecha aquel objeto interesante que me propuse volver á ver con mayor detención, cruzamos una gran pradera regada por arroyos que se extiende al Norte de la ciudad y sirve ordinariamente de descanso á las caravanas que vienen del desierto.

A poca distancia de allí salvamos una especie de foso lleno de agua, luego una brecha practicada en una cerca de fábrica, y nos encontramos al fin delante de una elevada muralla, sobre la cual se elevaba un gran castillo fuerte, lleno por todas partes de ventanas. Aquella singular construcción es la ciudad propiamente dicha: otras casas edificadas mas recientemente en diversos puntos de aquel recinto forman especies de arrabales.

Siwah-el-Kebir ó Siwah la Grande, capital del oasis, es seguramente uno de los objetos mas curiosos de ver, y sin embargo, sería difícil dar de ella una idea exacta con palabras. Vista desde el punto en que establecimos nuestra tienda, presenta el aspecto de una inmensa ciudadela construida en la cima de un monte y rodeada de elevadas murallas perpendiculares: desde ese baluarte se elevan casas dispuestas unas sobre otras hasta cierta altura, en donde dos ó tres pabellones que parecen garitas de centinelas, coronan aquel conjunto.

El sitio primitivo sobre el cual se construyó la ciudad de Siwah era la cima y los costados de una roca enorme que se alzaba perpendicularmente en medio de la llanura; pero conforme se fué aumentando la población, en vez de extenderse en superficie, los habitantes subieron en los aires, construyeron casa sobre casa, calle sobre calle y barrio sobre barrio, hasta que su extraña ciudad se convirtió en una inmensa colmena.

Los arquitectos del país aborrecían sin duda la luz, pues á excepción de algunas pequeñas ventanas abiertas en la parte exterior, no se comprende cómo puede penetrar la luz en el interior de aquellas viviendas. Lo mismo que en Garah, la mayor parte de las calles y de las plazas están cubiertas. La oscuridad es allí tan completa que ninguna persona que viene de fuera puede circular por la ciudad sin luz artificial, y así es que siempre que nuestros árabes tenían algo que hacer en ella, cuidaban de encender sus linternas, y eso bajo el sol mas resplandeciente que es dado al hombre contemplar.

El sistema bajo el cual están construidas las comunicaciones interiores de aquella masa de edificios es cosa que ni aun pudimos tener ocasión de juzgar: mis observaciones me han permitido inferir que las casas están unidas y sobrepuestas unas á otras con mucha regularidad, y que las paredes de la parte exterior que corresponden á las del interior forman al rededor de la ciudad una muralla de mas de cien pies de altura. Algunos edificios que salen á intervalos de la línea se asemejan de lejos á torres almenadas: esos edificios unidos á las nueve puertas fortificadas, á las que se sube por escalones y que sirven de entrada á aquella singular ciudad, contribuyen á dar á Siwah-el-Kebir la apariencia de una vasta fortaleza.

A su extremo septentrional se eleva el minarete de una mezquita, y de lo alto de aquella especie de chimenea sale á ciertas horas del día, algo diferentes de las prescritas por el rito musulmán, un muerzin que llama á los fieles á orar. En dos ó tres puntos de aquella masa compacta de paredes, tejados y casas, hay, según supe, algunas pequeñas plazas descubiertas, una de las cuales sirve de punto de reunión á la asamblea del divan; todo lo demás de la ciudad está en tinieblas.

En ninguna parte quizás, ni aun entre los antiguos espartanos, ha sido mas respetada la santidad del matrimonio que entre los habitantes de Siwah: á ningún soltero ni á ningún viudo le es permitido vivir allí de una manera permanente ó hacer visitas después de puesto el sol. Así que un joven llega á cierta edad se le obliga á salir del recinto de la ciudad y á vivir en los arrabales hasta que crea conveniente casarse.

Cuando muere una casada, su infortunado esposo tiene que someterse á igual disposición; así es que los arrabales de que he hablado son bastante grandes, y por la parte Norte de la ciudad forman ya un barrio muy extenso.

Siwah está construida con sal fosil, ó mas bien con tierra en que hay mezclada cierta porción de sal. Esta circunstancia, curiosa de por sí, lo es mas todavía cuando se recuerda que en la época en que vivía Herodoto, los habitantes de aquellas regiones construían ya sus moradas con los mismos materiales, y que «el padre de la Historia» se había grangeado el nombre de «padre de los cuentos» por haber referido este hecho entre otros muchos cuya exactitud han venido á comprobar las investigaciones modernas.

Desprendiendo algunos pedazos de las paredes al pie de las cuales nos hallábamos acampados, reconocimos en todos ellos las partículas blanquecinas y brillantes de la sal, mientras que por su parte exterior la arena, el calor y el barro las han cubierto de una costra cenicienta.

Mientras que fumábamos una pipa sentados tranquilamente á la sombra de la pared de un jardín, nos vimos poco á poco objeto de una necia y malévola curiosidad de parte de las abejas ó mas bien de los zánganos que habitan en las colmenas de Siwah. Varios de ellos vinieron á inspeccionar nuestras personas con esa arrogancia fabulosa que solo el musulmán, educado en las tinieblas de una profunda ignorancia, puede permitirse.

Ni un saludo, ni una palabra de bienvenida; desde la víspera habíamos entrado en la atmósfera de una exagerada gazoña.

Ya en el paseo de por la mañana tuvimos ocasión de presentir el cambio de disposiciones; ni una sola mano había tocado la nuestra, ni se nos había dirigido la menor expresión de benevolencia; al acercarnos nosotros, los transeúntes volvían la cara ó fruncían el ceño dejando escapar palabras de execración, que afortunadamente apenas comprendíamos, á causa del repugnante dialecto en que eran pronunciadas.

La mayor parte de los que se agruparon en torno nuestro eran hombres de mediana estatura, delgados de cuerpo, de color atezado y de facciones insignificantes. Lo mismo que en Garah, había entre ellos algunos mulatos y cierto número de negros; estos últimos, que son por lo regular esclavos y están empleados en el servicio interior de las casas, tenían casi todos una expresión mas benévola que la de sus amos; algunos llegaron hasta dejarnos ver sus dientes blanquecinos á través de una sonrisa, mientras que el rostro de los beduinos, jóvenes y viejos, tenía impreso el sello de una gravedad imperturbable mezclada de odio. Excusado es decir que ni una sola mujer se ofreció á nuestras miradas.

Esta mañana me encaminé á la colina de Gebel-el-Muta para hacer allí una excursión entre las catacumbas; pero nada ví que correspondiese á mi curiosidad. La mayor parte de aquellas excavaciones me pareció tener unos sesenta pies de profundidad; se compone de varias piezas grandes abovedadas, y de otras mas pequeñas con corredores que reciben su luz por aberturas practicadas en las piezas principales. Por todas partes había sembrados huesos y restos de cabelleras, pero no he visto jeroglíficos ni pinturas, á excepción de algunas listas encarnadas ó azules. La circunstancia digna de atención que ofrece aquel cementerio, es el número inmenso de sepulcros reunidos en tan pequeño espacio. Parece que se le ha quitado interiormente á la montaña la mayor parte de la sustancia de que se compone.

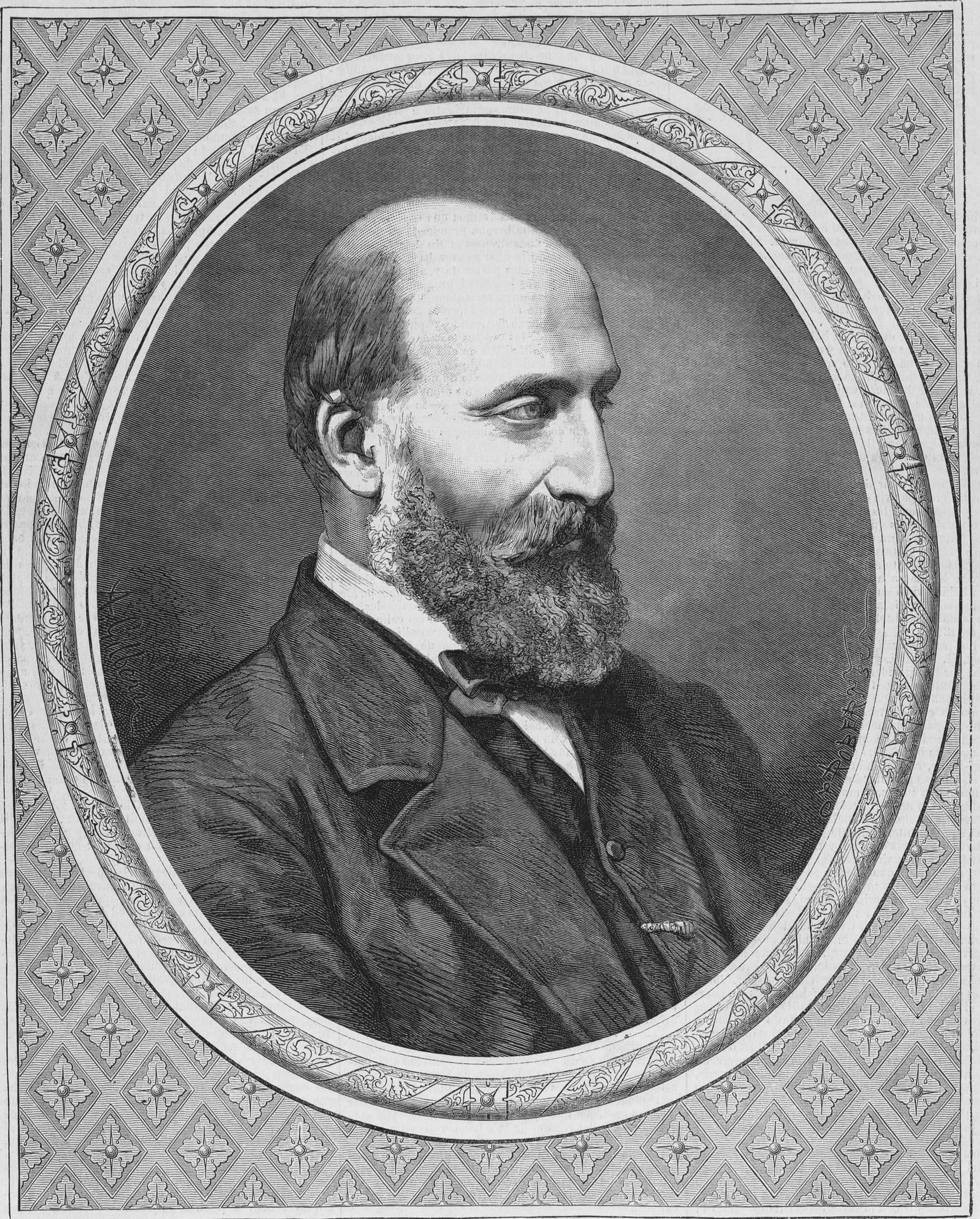
Después de haber visitado algunas catacumbas, subí, no sin trabajo, á la cima de la colina, que termina en punta, y desde donde se presenta el oasis bajo un magnífico punto de vista. Bosques de palmeras de un verde hermosísimo cubrían á mis pies un espacio de muchas millas: al Este y al Oeste brillaban á lo lejos los pantanos y los lagos salobres, cuya deslumbradora blancura hacia resaltar mas todavía el brillo de las hojas, al paso que en el horizonte y como para cerrar el valle se elevaban las formas caprichosas de la montaña llamada Edrar-Melal y de las colinas en forma de piñón de azúcar de Kamiseh y Amudein.

En vano traté de descubrir á lo lejos algún vestigio del Om-Beydah ó templo de Júpiter Ammon, que sabia yo estaba situado junto á una linda aldea y edificado sobre una colina en la dirección del Este: no pude divisarlo.

Aparte de la belleza de aquel espectáculo de que puede gozarse, salvas algunas modificaciones, en la cima de cada una de las colinas de que he hablado, el paisaje del oasis presenta una multitud de minuciosidades en extremo agradables. No es posible imaginar paseos mas deliciosos que la mayor parte de los que dimos durante nuestra permanencia en el valle. Por donde quiera, casi los senderos que seguimos estaban guarnecidos de granados, higueras, albaricoqueros, bananeros, olivos ó viñedos.

Las ramas de esos árboles al caer por encima de las empalizadas de los vergeles, nos presentaban á la vez sus abundantes hojas y sus frutos deliciosos, mientras que el terreno aparecía ocupado, ya por los jardines, ya por praderas cuya tupida yerba mezclada de flores embalsamaba la atmósfera con aromas. De vez en cuando encontrábamos un lindo arroyo que se deslizaba murmurando por entre la crecida yerba; á veces un puente rústico ayudaba á cruzarlo, pero las mas de ellas el arroyo entregado á sí mismo se extendía por el camino y refrigeraba con sus ondas los pies del viajero. La grulla, el milano, el halcón se mostraban á veces en la altura de los aires, la tórtola arrullaba entre las hojas, la codorniz dejaba oír su vuelo corto y marcado, mientras que nubes de gorriones y otros pájaros ladronzuelos venían á posarse gorjeando sobre los campos cultivados.

(Se continuará.)



EL PRINCIPE DE JOINVILLE, diputado por el departamento de la Manche.



EL DUQUE DE AUMALE, diputado y consejero general por el departamento del Oise.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación. — Véase el número 979.)

Mientras corría precipitadamente por todos lados sin saber por donde huir, y mientras permanecía arrastrándose por la tierra sin poder ocultarse, los amotinados progresaban en su obra de destrucción.

Al salir del Maypole se habían formado en columna cerrada, y avanzaron rápidamente hacia La Garenne; pero como había llegado antes que ellos la noticia de su invasión, encontraron las puertas y las ventanas cerradas y la casa sepultada en profunda oscuridad.

Después de tirar inútilmente de la campanilla y de llamar en la verja, se retiraron á algunos pasos de distancia para ponerse de acuerdo y consultar el plan de ataque.

La conferencia fué breve, porque todos aspiraban á un mismo fin bajo la doble influencia de una embriaguez furiosa y de sus primeros triunfos que no les embriagaban menos.

Habiéndose dado la orden de bloquear la quinta, unos se encaramaron por la puerta, otros escalaron las tapias y las verjas, y un grupo de hombres escogidos entró en el jardín con objeto de apoderarse de algunos instrumentos de labranza y carpintería que, según sabía Hugo, había en un pabellón aislado.

Los otros en tanto se contentaron con descargar golpes violentos en las puertas, llamando á las personas que podía haber dentro de la casa é intimándoles que bajaran á abrir si querían salvar la vida.

Viendo que nadie respondía y que el grupo enviado en busca de los instrumentos volvía con un refuerzo de azadones, hocas, hachas, sierras y martillos, le abrieron paso así como á los que estaban ya armados de barras de hierro, de enormes martillos y de hachas. Cuando penetraron al través de la turba formaron la primera fila de la columna de asalto, dispuestos á escalar el edificio en regla por puertas y ventanas.

No tenían entonces más que una docena de antorchas encendidas, pero después de todos estos preparativos se distribuyeron teas y hachones de cera que pasaron de mano en mano con tal rapidez, que en menos de un minuto las dos terceras partes al menos de toda aquella masa tumultuosa empuñaban teas incendiarias. Las agitaron formando círculos sobre sus cabezas, lanzaron terribles alaridos y principiaron á aplicar la llama en las puertas y ventanas.

En medio de este tumulto y mientras se oía el sordo estruendo de los hachazos, el ruido de los cristales rotos, los gritos y las blasfemias del populacho, Hugo y sus amigos se aprovecharon del desorden para dirigirse á la puerta del torreón, donde M. Haredale le había recibido la última vez con Juan Willet, y concentraron contra aquella puerta todos sus esfuerzos.

Era una excelente puerta de encina, fuerte, de madera nudosa, sostenida por dentro con abrazaderas de hierro y reforzada además por una tranca de pino. Sin embargo, cedió por fin, y se la oyó crujir y caer sobre la escalera donde les sirvió de puente levadizo para subir más pronto hasta la biblioteca.

Casi al mismo tiempo la casa era tomada por asalto en una docena de puntos, y la multitud penetraba por cada brecha como se desborda el agua á través de un dique roto.

Había dos ó tres criados apostados en la escalera principal con escopetas, con las cuales dispararon uno ó dos tiros contra los enemigos cuando forzaron el paso, pero no hirieron á nadie, y viendo que la turba se precipitaba como una legión de demonios, no pensaron más que en su propia seguridad y se retiraron imitando los gritos de los sitiadores para confundirse con ellos en medio del tumulto.

Y este ardid les salvó en efecto, aunque un pobre anciano no tuvo tanta fortuna, pues no se volvió á hablar más de él. Se cuenta que con una barra de hierro le abrieron la cabeza, que uno de sus compañeros le vió caer y que su cadáver fué en el acto presa de las llamas.

Dueños del edificio, los sitiadores se esparcieron por los aposentos desde la bodega hasta el tejado y principiaron su obra de destrucción.

Mientras algunos grupos encendían hogueras debajo de las ventanas, otros rompían los muebles y arrojaban los fragmentos desde arriba para alimentar la llama. Por los sitios donde la abertura era más ancha, pues ya no existían ventanas, arrojaban al fuego las mesas, las cómodas, las camas, los espejos y los cuadros, y cada vez que amontonaban nuevos muebles en la hoguera, se oían nuevos gritos, nuevos alaridos formando un clamoreo infernal que aumentaba el horror del incendio.

Los que empuñaban hachas y habían desahogado su furia contra los muebles, atacaban las puertas y los tabiques que hacían pedazos, destrozaban los pavimentos y cortaban las vigas sin acordarse de que podían sepultar bajo los montones de escombros á los rezagados que no habían bajado á tiempo del piso superior.

Algunos registraban los cajones, los armarios, los escritorios y los baules para buscar joyas, vajilla de plata y moneda; otros, más ávidos de destrucción que de lucro, los arrojaban al patio sin mirarlos siquiera é invitando á los que estaban abajo que los amontonasen en la hoguera; otros que habían bajado á la bodega para abrir las cubas y toneles, corrían de un lado á otro como rabiosos, prendiendo fuego á cuanto veían, muchas veces hasta á los vestidos de sus compañeros, y finalmente, incendiando con tal afán el edificio por todas partes que se veía á muchos, que no habían tenido tiempo de salvarse, suspendidos con sus manos desfallecidas y la cara ennegrecida por el humo, de los marcos de las ventanas adonde se habían arrastrado, á punto de ser atraídos y devorados por las llamas.

Cuanto más se avivaba y chisporroteaba el incendio, más feroces y crueles eran aquellos hombres, como demonios que se sentían en su elemento en medio del fuego, y se habían despojado de su naturaleza terrenal para principiar á gozar de las delicias infernales.

Las hogueras que dibujaban los aposentos y los corredores rojos como el fuego al través de las aberturas practicadas en las dismanteladas paredes; las llamas extraviadas que lamían con sus lenguas de dos puntas las paredes de ladrillo y de piedra en el exterior, para encontrar un paso y pagar su tributo á la masa candente que ardía dentro; el mugido del brasero gigantesco y furioso, tan alto y tan brillante que parecía haber devorado en sed de fuego hasta el mismo humo; las centellas vivas que el viento desprendía de las brasas para llevarlas en sus alas como nieve de fuego; el sordo estruendo de las vigas destrozadas, que caían como plumas sobre el montón de ceniza y se reducían casi al mismo tiempo en un foco de chispas y de polvo inflamado; el tinte pardusco que cubría el cielo, haciendo resaltar en torno con el contraste las profundas tinieblas; el aspecto de todos los rincones, cuyo uso doméstico les hacía no ha mucho un lugar sagrado, entregados ahora sin pudor á las miradas de un desvergonzado populacho; la destrucción por manos toscas y groseras de mil objetos de la predilección de sus dueños que los asociaban en sus corazones con tiernos y preciosos recuerdos; y esto, no en medio de rostros simpáticos y de consuelos murmurados por la amistad, sino al estruendo de las aclamaciones más brutales y de gritos atronadores que hacían huir hasta á los ratones, habituados por una larga posesión á este domicilio antiguo: todas estas circunstancias se combinaban para presentar á los ojos una escena que los espectadores que la presenciaban no debían olvidar aunque vivieran cien años.

¿Quiénes eran estos espectadores? La campana de alarma, movida por robustas manos, había resonado largo rato, pero sin que se viera alma viviente. Algunos rebeldes pretendían que, cuando había cesado de pedir auxilio, se habían oído gritos de mujeres desesperadas y que habían visto flotar en el aire sus vestiduras mientras las arrebataban á pesar de su resistencia algunos raptores. Pero en semejante desorden, nadie podía decir si era cierto ó falso. Sin embargo ¿en dónde estaba Hugo? Nadie le había visto más desde el principio del ataque, y toda la turba gritaba: ¿en dónde está Hugo?

— Presente, respondió con voz ronca saliendo de la oscuridad casi sin aliento y ennegrecido por el humo. Hemos hecho lo que hemos podido. El fuego va á extinguirse por sí propio, y si quedan aun algunos lienzos de pared, el edificio no es más que un montón de ruinas. Dispersémonos, amigos. Volvamos á Londres por diferentes caminos, y ya nos encontraremos como siempre.

Y volvió á desaparecer, lo cual era muy extraño, porque era siempre el primero en llegar y el último en marcharse, y les dejó que cada cual se retirase cuando quisiera.

No era empresa tan fácil de organizar la retirada de semejante multitud. Aun cuando hubieran abierto de par en par todas las puertas de Bedlam (1) no hubiesen salido tantos locos como había abortado aquella noche de delirio.

Veíase á algunos bailar y patear sobre las flores del jardín como si creyeran aplastar bajo sus piés víctimas humanas, y arrancaban sus tallos con furor como salvajes que tuercen el cuello á sus enemigos. Otros arrojaban al aire las antorchas encendidas y las recibían sin moverse sobre sus cabezas y sus rostros hinchados y surcados de asquerosas quemaduras; otros se arrojaban hasta en la hoguera y apartaban su vapor con el movimiento de las manos como si nadasen en un estanque lleno de agua, y había muchos que con trabajo contenían á sus compañeros pues se querían arrojar en las ascuas para saciar su sed de fuego. Sobre el cráneo de un joven de veinte años escasos, tendido en el césped y aletargado por la embriaguez y con el cuello de una botella en la boca, caía del tejado una lluvia de plomo fundido que derretía su cabeza como cera.

Cuando se hubo reunido á todos los que vagaban dispersos, sacaron de las bodegas para llevarlos en brazos á algunos miserables vivos aun, pero marcados como con un hierro candente en todo su cuerpo, y á lo largo del camino, los que los arrastraban trataban de divertirlos con chistes de taberna, esperando llegar á la puerta de un hospital para abandonarlos á su destino. Pero todos estos cuadros espantosos no inspiraban á nadie en aquella turba delirante compasión ni repugnancia, y ni siquiera había entre ellos uno tan solo cuya rabia ciega, feroz y animal estuviera saciada.

(1) Casa de locos.

La turba se dispersó por fin lentamente y en pequeños grupos con gritos roncós y vinosos. Algunos rezagados, con los ojos vagos é inyectados en sangre, seguían á sus compañeros con paso vacilante. Los gritos lejanos con que se llamaban y se respondían y el silbido acordado para reunir á los que faltaban fueron por momentos más débiles y más raros hasta que espiraron por fin en medio del silencio de la noche.

¡Qué silencio! El resplandor de las llamas no era ya más que un brillo intermitente. Las estrellas del firmamento, movibles hasta entonces, alumbraban á su vez el montón de cenizas donde se extinguieron por fin las últimas chispas. Una columna de humo moroso pendía aun á lo largo de las paredes como para ocultarlas á los ojos, y el viento parecía respetarla.

¡Todo había desaparecido... todo! Aquellas paredes desnudas, aquellos techos abiertos, aquellos aposentos donde seres muy queridos, en el día de difuntos, habían tantas veces erguido sus cabezas por la mañana para renacer á una nueva vida con nueva energía, donde tantos otros, igualmente queridos, habían pasado días de alegría ó de tristeza, donde se hallaban mezclados tantos recuerdos y pesares, recelos y esperanzas... ¡todo había desaparecido! No quedaba más que un vacío triste y desgarrador, un montón informe de polvo y ceniza, el silencio y soledad de la nada.

LVI.

Los tertulios del Maypole, que no sospechaban la transformación que iba á verificarse en su punto de reunión favorito, entraron en el bosque para dirigirse á Londres, pues queriendo evitar el calor y el polvo, en vez de seguir por la carretera, tomaron por las sendas al través de los campos.

A medida que se acercaban á la ciudad, se detenían á hacer preguntas á los que pasaban sobre el molin y sobre la verdad de los hechos que les habían referido. Las respuestas que recibieron dejaban muy atrás las vagas noticias que habían llegado hasta la pacífica aldea de Chiquwell.

Un hombre les dijo que aquella misma tarde la tropa encargada de conducir á Newgate á algunos amotinados que acababan de ser interrogados por los jueces, había sido atacada por el populacho hasta verse obligada á retirarse; otro les dijo que en el momento de salir de Londres se estaba fraguando la demolición de la casa de dos testigos que se habían presentado á declarar en contra de los rebeldes, y otro que debía pegarse fuego aquella noche á la de sir Jorge Saville en el barrio de Leicester Field, y que sir Jorge pasaría un mal rato si caía en manos del pueblo, porque era quien había presentado el *bill* en favor de los católicos.

Todos estaban acordes en decir que el motin estaba en acción, que era más fuerte y numeroso que nunca, que hacía estragos en todas partes, que el terror público crecía por momentos, y que un gran número de familias habían huido de Londres.

Pasó un chusco que llevaba la insignia popular y que les insultó porque no llevaban escarapela en los sombreros, recomendándoles que fueran á la noche siguiente á ver una famosa función que iban á dar en las puertas de la cárcel. Otro les preguntó si eran incombustibles cuando salían de casa sin llevar el distintivo de las personas honradas, y finalmente, un tercero les mandó que le entregasen cada cual un chelín para los fondos de la Asociación.

A pesar del disgusto que les causó esta contribución forzosa y del temor que les infundían tan alarmantes noticias, persistieron en su idea y resolvieron comprobar con sus propios ojos la realidad del hecho. Doblaron el paso, como se hace siempre en tales casos cuando se acaban de recibir noticias que interesan, y comentando lo que habían oído, siguieron su camino sin hacer más preguntas.

Había cerrado en tanto la noche, y cuando se aproximaron á Londres les cercioró la verdad de lo que les habían referido el resplandor que desde lejos pudieron ver de tres incendios, casi cerca uno de otro y cuya llama arrojaba lúgubres reflejos en el cielo.

Al entrar en los arrabales vieron en la puerta de casi todas las casas estas palabras escritas con yeso en gruesos caracteres: *¡No más papismo!* Las tiendas estaban cerradas y se leían en todos los semblantes el terror y la alarma.

Cada uno de nuestros curiosos hacia para sí estas observaciones nada tranquilizadoras sin comunicarlas á sus compañeros, cuando llegaron á una barrera que se encontraba cerrada. En aquel momento un jinete que venía de Londres á galope llamó con voz conmovida al guarda de la barrera y le dijo:

— ¡Abrid pronto en nombre del cielo!

El guarda corrió con la linterna en la mano hacia la barrera, y se disponía á abrir cuando, volviendo el rostro por casualidad, exclamó:

— ¡Misericordia divina! ¿Qué es eso? ¿Fuego otra vez?

Al oír estas palabras los tres tertulios del Maypole volvieron la cabeza y vieron á mucha distancia en el campo y por el lado donde acababan de venir una llama inmensa que arrojaba en las nubes un brillo amenazador, como si el incendio estuviese en efecto detrás de ellos parecido á un sol en su ocaso de siniestro presagio.

— Si no me equivoco, dijo el jinete, sé de dónde salen

esas llamas. ¿Qué haceis ahí parado, buen hombre? Abrid pronto.

— Señor, le dijo el guarda cogiendo las riendas del caballo en el momento de abrir la puerta; me parece que os conozco: creedme, no os alejéis. Los he visto pasar y sé que son capaces de todo... Os asesinarán.

— ¿Qué me importa? dijo el jinete sin apartar los ojos del incendio.

— Pero, señor, dijo el guarda sin soltar las riendas; si insistís en partir, llevad al menos la cinta azul. Tomad, señor, añadió quitándose la escarapela del sombrero. Si la llevo, no es por mi gusto, sino por necesidad; tengo miedo por mí y por mi casa. Llevadla tan solo esta noche... esta noche tan solo.

— Haced, señor, lo que os dice este buen hombre, gritaron los tres amigos acercándose al caballo.

— Señor Haredale, os lo suplico, haced lo que os dice.

— ¿Qué oigo? preguntó M. Haredale bajándose para ver mejor; ¿No es la voz de Daisy?

— Sí, señor, respondió el sacristán. Hacedlo, señor, hacedlo. Este hombre tiene razón. Vuestra vida depende acaso de ello.

— Decidme, repuso Haredale de pronto; ¿tendriais miedo de venir conmigo?

— Yo... señor... no.

— Pues bien, poneos esta escarapela en el sombrero. Si encontráis á esos miserables, les jurareis que os llevo preso por la escarapela, porque es tan cierto como que espero el perdón de Dios en el otro mundo, que no quiero que me perdonen, así como no les daré cuartel si llegamos á las manos esta noche. ¡Ea! montad en la grupa... pronto. Cogeos bien por mi cintura, y no tengais miedo.

Y en un instante desaparecieron á escape en medio de una densa nube de polvo.

Afortunadamente el caballo sabia bien el camino, porque ni una vez, ni una sola vez en todo el viaje bajó los ojos M. Haredale al suelo, ni los apartó un momento del resplandor que servía de guía y faro á su furioso galope.

Una vez solo dijo á media voz: « ¡Es mi casa! » pero no volvió á desplegar los labios.

Cuando llegaban á parajes donde el camino era mas escabroso y sombrío, no se olvidaba nunca de poner su mano sobre Daisy para asegurarle en la grupa del caballo, pero no cesaba de mirar fijamente el fuego.

El camino era bastante peligroso, porque habian dejado la carretera para abreviar la distancia, siempre á escape por enrucijadas y sendas solitarias, donde las ruedas de los carros habian abierto carriles profundos, donde el paso estrecho estaba limitado por zanjas y vallados, y donde habia sobre la cabeza arcadas de árboles corpulentos que aumentaban la oscuridad. Pero no importaba; adelante, adelante sin pararse un momento. Así llegaron hasta la puerta del Maypole, desde donde pudieron ver que el fuego principiaba á extinguirse, sin duda porque no le quedaba ya nada que devorar.

— Detengámonos un momento, un momento tan solo, Daisy, dijo M. Haredale ayudándole á bajar del caballo y siguiendo sus pasos. ¡Willet! ¡Willet! ¿En dónde está mi sobrina y mis criados? ¡Willet!

Al mismo tiempo que llamaba al posadero se precipitaba en el despacho.

¿Qué vió al entrar?

Vió al tío Juan atado en la silla, el aposento devastado, todos los muebles rotos, revueltos y por el suelo. Era indudable; nadie habia podido ir allí á buscar un asilo.

M. Haredale era de carácter enérgico y estaba acostumbrado á reprimirse y á disimular sus mas vivas emociones, pero aquel augurio funesto de los descubrimientos que debia esperar, porque al ver el incendio habia adivinado que su casa estaba destruida desde sus cimientos, venció su valor, y volvió el rostro despues de tapárselo un momento con las manos.

— Juan, Juan, dijo Salomon, y el pobre hombre gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, querido Juan. ¡Ah! ¡Qué mudanza! No hubiera creído en toda mi vida ver el Maypole en tal estado. ¿Y qué diremos de la antigua quinta de la Garenne, Juan? ¡Señor Haredale! ¡Qué espectáculo tan espantoso!

Y al mismo tiempo el sacristán, designando á M. Haredale, apoyaba los codos en el respaldo de la silla de Willet y lloraba como un becero en el hombro del posadero.

El tío Juan les miraba en tanto sentado, mudo como una estatua, fijando en él una mirada que no era de este mundo y presentando todos los síntomas posibles de completa insensibilidad á todo lo que pasaba en torno suyo.

Sin embargo, cuando Salomon cesó de gritar y sollozar, siguió con sus abultados ojos la direccion de las miradas del sacristán, y principió á manifestar alguna idea vaga que podia estar allí alguno que habia venido á verle.

— ¿No me conocéis, Juan, no me conocéis? dijo Salomon dándose un golpe en el pecho. Soy Daisy... el de la iglesia de Chiquell... El que toca las campanas... ¿No os acordais del que canta los domingos en la capilla?

Juan Willet reflexionó algunos minutos, y despues se puso á entonar en voz baja por un instinto mecánico el *Magnificat anima mea*...

— Eso es... eso es, gritó el sacristán... soy yo, el que canta las víspas, Juan. Me conocéis ¿no es verdad? Decidme que habeis recobrado el sentido.

— ¡Recobrado! dijo el posadero. ¡Ah!

— ¿Es verdad que no os han maltratado con palos con hachas ó con cualquiera otro instrumento contundente? preguntó Salomon dirigiendo una mirada de inquietud á la cabeza de Willet. ¿Es verdad que no os han pegado?

El tío Juan frunció las cejas, bajó los ojos como si se hallara abismado en algun cálculo de aritmética mental, volvió á levantarlos cual si buscara en el techo el total de la suma rebelde, miró á Salomon Daisy de piés á cabeza, miró despues el aposento en torno suyo, y vertiendo de cada ojo una gruesa lágrima redonda, aplomada y no del todo trasparente, respondió moviendo la cabeza:

— ¡Qué favor me hubieran hecho si me hubiesen asesinado!

— No, no digais eso, Juan, repuso Daisy llorando. Habeis perdido mucho, pero vivís, á Dios gracias.

— Mirad, señor, dijo el tío Juan volviendo sus dolorosas miradas hácia Haredale que habia doblado una rodilla en el suelo para desatar al posadero, mirad, señor. Hasta el mayo, el viejo mayo, á pesar de ser de madera é insensible, está mirando por la ventana como si quisiera decirme: Juan Willet, Juan Willet, vamos á echarnos al estanque mas inmediato, que será bastante profundo para ahogarnos, porque estamos perdidos para siempre.

— Callad, Juan, callad por favor, le dijo su amigo no menos asombrado de este doloroso esfuerzo de imaginación del posadero que del tono sepulcral con que hablaba del Maypole.

— Vuestra pérdida es grande y penosa vuestra desgracia, dijo M. Haredale lanzando una mirada de impaciencia hácia la puerta, y no es este el momento oportuno para consolaros, ni sería yo el que podria hacerlo; pero antes de separarnos respondedme, y os suplico me respondais francamente. ¿Habeis visto á Emma ó habeis oído hablar de ella?

— No, respondió Willet.

— ¿Solo habeis visto á esa canalla?

— Solo.

— Confío en que habrán huido antes de principiar estas escenas espantosas, dijo M. Haredale, que, en medio de su agitacion, de su impaciente deseo de volver á montar á caballo y de su poca habilidad para desenredar las cuerdas, ni siquiera habia desatado un solo nudo. Daisy, dadme un cuchillo.

— ¿No tendriais por fortuna, dijo el tío Juan mirando en torno suyo como para buscar un pañuelo ó alguna otra friolera que hubiese perdido, no tendriais uno ni otro por allí... algun ataud?

— ¡Willet! gritó M. Haredale.

Salomon se dejó caer el cuchillo de las manos, un sudor frio bañó todo su cuerpo, y exclamó:

— ¡Cielos!

— Lo digo porque un momento antes de llegar vos, señor, dijo el posadero mirando á Haredale, he recibido la visita de un muerto que iba á La Garenne. Y si hubiera llevado consigo su ataud ó lo hubiérais encontrado en el camino, habria podido decirnos el nombre que llevaba en la tapa. Pero se lo ha llevado y no puedo decirlo.

M. Haredale, que acababa de escuchar estas palabras con atencion palpitante, se puso al instante en pié como movido por un resorte, y, sin pronunciar una palabra, arrastró á Salomon Daisy hasta la puerta, montó á caballo, le subió á la grupa y voló mas bien que galopó hácia aquel monton de ruinas que era aun una quinta majestuosa cuando el sol al ocultarse en el ocaso habia iluminado con sus últimos rayos.

El posadero les miró, les escuchó, se miró á sí propio para cerciorarse de que ya no estaba atado, y sin dar el menor indicio de impaciencia, de sorpresa ó de disgusto, volvió á abismarse poco á poco en el estado letárgico del que solo se habia despertado un momento y de una manera muy imperfecta.

M. Haredale ató el caballo al tronco de un árbol, y estrechando el brazo del sacristán, se dirigió lentamente hácia el sitio donde algunas horas antes estaba su jardín.

Se paró un instante á contemplar las humeantes paredes y las estrellas que enviaban su luz al través de los techos desplomados hasta el monton de polvo y ceniza.

Salomon dirigió una mirada tímida á la cara del caballero, y vió que sus labios estaban unidos uno contra otro y que sus facciones respiraban una resolucion sombría, sin que se le escapase una lágrima, una mirada ó un ademán que revelara su dolor.

Desenvainó la espada, se aplicó la mano al pecho como si llevase consigo armas ocultas, volvió á coger á Salomon por la muñeca, y dió vuelta al edificio con paso discreto, mirando en cada puerta y en cada abertura, retrocediendo cuando oia tan solo moverse una hoja y buscando á tientas con las manos en todos los rincones oscuros. Pero volvieron al punto de donde habian partido sin encontrar ninguna criatura humana ó sin ver el menor indicio de que hubiera allí algun rezagado oculto.

Despues de un momento de silencio, M. Haredale gritó dos ó tres veces, y dijo por fin en voz alta:

— ¿Hay alguno escondido que conozca mi voz? Que no tema, puede salir.

Llamó á todos los de su casa por su nombre, y el eco repitió su lúgubre voz en varios tonos, pero solo le contestó el silencio.

Estaban al pié del torreón donde se hallaba la campana de alarma.

El fuego no lo habia respetado, y sus techos habian sido además aserrados, cortados y hundidos.

Sin embargo, quedaba un tramo de escalera, al pié de la cual se habia acumulado un gran monton de ceniza y de polvo; algunos fragmentos de escalones hundidos y rotos ofrecian varios puntos mal seguros y poco cómodos para sentar el pié, y despues desaparecian detrás de los ángulos salientes del muro ó en las sombras profundas que proyectaban otras porciones de ruinas, porque en este intervalo habia asomado la luna en el horizonte y brillaba con argentino fulgor.

Mientras estaban allí en pié escuchando los lejanos ecos y esperando en vano oír alguna voz conocida, varios granos de polvo se deslizaron desde lo alto del torreón hasta el suelo.

(Se continuará.)

Recuerdos de un guardia móvil.

(Continuacion. — Véase el N.º 979.)

VIII.

El cansancio, y sobre todo las reflexiones íntimas sobre la perspectiva de volver á ver pronto el barrio latino, nos preservan ahora de las locuras del primer viaje.

Cada cual se entrega á sus ideas.

Muy luego un ruido profundo, sordo y continuo, corre á lo largo del tren; grave acompañamiento sobre el cual se eleva agudo, claro y estridente el duo metálico de la *Rueda* y del *Rail*: es el batallon dormido que ronea como un solo hombre.

En la mañana siguiente se despiertan... en Saint-Maur.

El campamento está dispuesto, y la mesa lo está tambien.

Se come al vapor. Un pensamiento fijo activa los brazos y las mandíbulas; el de marchar inmediatamente á Paris.

— ¿Podrá ser?

Debe ser, porque todos tienen empeño.

Y lo cierto es que aun no se ha concluido el último bocado, cuando todos desfilan á derecha é izquierda.

La impresion que se siente al entrar en Paris no se olvidará nunca.

Primeramente la fortificacion.

Vemos que están abriendo fosos y cortando árboles gigantescos; vemos casas caídas, cementerios destrozados; las bocas negras de los cañones que asoman por las troneras, caballos de frisa, faginas, empalizadas, un formidable aparato de defensa, en el que se trabaja con un ardor febril. ¡Qué espectáculo tan triste y sombrío!

Luego, atravesadas las puertas, vemos las calles que dejamos llenas de movimiento, de vida y de ardores patrióticos, desiertas y lúgubres, y esa trasformacion nos acongoja tanto mas cuanto que en las horas de transicion estuvimos ausentes. El corazon se oprime y las lágrimas acuden á los ojos.

Sin embargo, á la vista del uniforme, algunos transeuntes se detienen, y llueven los interrogatorios.

— ¿Habeis acabado pues?

— ¿Volverá tambien mi hijo?

— ¿Cuándo y por qué camino?

Se contesta como se puede, alargando siempre el paso para llegar al hogar doméstico.

La entrada produce el efecto de una bomba.

— ¡Cómo! ¿Eres tú?

— Sí, yo soy.

Y empiezan los abrazos y las preguntas.

— ¿Qué negro estás!

— Es el sol.

— Pero traes buena salud.

— Es el aire del campo.

— ¡Y qué desenvoltura!

— Es propio del oficio.

En suma, los elogios son generales.

Sobre esto, larga pausa en el boulevard Saint-Michel. Interminable revista de caras, casas y monumentos amigos. Série de abrazos y relaciones eternas sobre este tema: de Paris á Saint-Maur, pasando por Chalons.

Pero va llegando la noche y los escrupulosos se dirigen al campamento.

En menos de una semana Joinville se convierte en otro Chalons, con esta circunstancia agravante, que Paris se halla á dos pasos. Apenas se conserva la tradicion del ejercicio por la mañana temprano. Se pasa una noche fuera, luego veinte y cuatro horas y luego dos dias.

Nada podia detener las expediciones de los *moblots* á la capital. Llega al ferro-carril una orden para que no se reciban mas guardias móviles que los que lleven el pase de sus jefes; y al punto se fabrican pases falsos.

Luego hay el recurso del omnibus que exige menos requisitos.

La autoridad se enfada tambien, y se apela á los vapores.

Se apela á todo: á cada prohibicion corresponde una nueva astucia. Casi se convierte esta lucha en punto de honor. ¿Acaso los jefes querrán competir en ingenio con los habitantes del pais latino?

RECUERDOS DE UN GUARDIA MOVIL.



¡Cartuchos!

Primera alerta.

El campo de Saint-Maur.

El levantamiento del campo. — Por fin vamos á la guerra.

Eso sería célebre. La cierto es que se entra en París por todas las puertas y de todos modos.

Por mi parte puedo asegurar que vine á París en un botecillo de carrera, y toda la tripulacion se componia de compañeros.

Si se consiente en no desertar en masa es porque el campamento ofrece sus atractivos. Saint-Maur es un objeto de paseo, las visitas abundan y ¡qué visitas! Es aquello un alborozo continuo, permanente.

Hé aquí el 4 de setiembre de 1870.

¡Cosa extraña! Ni Sedan, ni la proclamacion de la República producen al pronto en nosotros la impresion que podria creerse. Las noticias se sofocaban en el ruido y el movimiento de la vida que llevábamos entonces. Solo algunos dias despues, y por reflexion, conocimos la importancia de aquellas nuevas.

Nos distribuyen chassepots.

Trochu nos pasa revista.

Triunfo del general. Nuestras maniobras son espléndidas. No se ha podido ver tropa que haga las evoluciones con mas gracia y soltura.

El tiro al blanco es otra diversion, pero mas útil. Y quiere el acaso que no falten los buenos tiradores.

Por lo demás el *moblot* mira el chassepot con el mayor cariño. ¡Ya se ve, se habia hecho esperar tanto tiempo! En cambio el fusil de *tabatiere* quedó abandonado y erraba tristemente de rincón en rincón despreciado de todo el mundo.

¡Ah! Si en aquel primer cuarto de la luna de miel de la guardia móvil y del chassepot el gobierno nos hubiera proporcionado la ocasion de hacer nuestras pruebas, habria quedado contento de nosotros.

Con efecto, nos habriamos batido por amor... al arte. Como prueba, este episodio.

— ¡Hay motin en París!

— ¿Y qué quieren?

— Chassepots.

— Pues dárselos.

— No queda uno.

— En ese caso, no veo cómo no se convencen.

— Lo cierto es que van á venir esta noche á quitarnos los nuestros.

Una formidable carcajada acoge la noticia, y despues se fruncen las cejas y se cierran los puños.

— ¡Qué vengan!

Y durante cuatro horas, se espera con el arma preparada la anunciada invasion de los ciudadanos de Belleville y otros lugares.

Una mañana llega la órden de levantar el campo.

El gobierno, suponiendo por fin que no era imposible que pudiéramos servir para algo, señala á cada batallon un puesto especial.



LA EVACUACION.— Restitucion de los muebles y objetos confiscados por los prusianos despues de la marcha de las tropas de ocupacion.

— ¡Señores, á las filas!

Se nota alguna emocion: es la primera vez que de veras se va á la guerra, con armas, cartuchos y bagajes.

Los batallones dejan el campamento previamente demolido.

Llueve á cántaros. El lodo nos llega hasta los tobillos. Sin embargo, los hombres marchan firmes sufriendo el torrente. La banda de música del 4º batallon que desfila á la cabeza alegre la marcha. De un batallon á otro se cruzan los apretones de manos, y los saludos y las felicitaciones no cesan.

En suma, es un bonito cuadro.

— Justamente; uno de los mejores puestos de honor.

— Bien. Veremos lo que se hace.

J. D.

La evacuacion.

Aunque lentamente, los prusianos se marchan de Francia, dejando huellas de su paso. No se alejan sin dolor los señores alemanes, de ojos azules y pelo rubio, que conocen tan bien el arte de introducir la mano en los bolsillos ajenos. Sin duda la necesidad, la dura necesidad les obligaba á ello. ¡Hace tanto tiempo que deseaban tener buenos muebles! De vuelta en sus hogares, podrán pues, reclinarsen en blandos sillones, dormir en buenas camas, con buenas sábanas. Felicidad inau-

ditada para muchos, como pueden atestiguarlo los que conocen bien la Alemania.

Pero ¡qué ambicion! Solo Dios sabe el número de trenes que ellos han enviado á Alemania cargados de despojos franceses. Todo les agradaba. Muebles, máquinas, objetos de arte, joyería, ferretería, etc. Las cacerolas resonaban tan agradable á sus oídos como los timbres de los relojes de sobremesa. Todo lo recogian y lo confiscaban; y tanto era así, que llegada la última hora, debieron dejar en pos de sí el botin del último minuto.

Por esto, en muchos lugares, se han salvado restos del naufragio.

Una vez fuera los alemanes, limpia la ciudad, lavadas las casas, abiertas las ventanas, primera parte de la tarea que no admitia tardanza, se reunian en la plaza los objetos que habian quedado rezagados y se convidaba á los habitantes á reconocer lo que debia pertenecerles. ¡Bonito cuadro! ¡Esta es mi cómoda! ¡Este es mi reló!... ¡Esta es mi mesa!... ¿No merecia un dibujo semejante espectáculo?

C. P.

— ¿A dónde va el 6º batallon?

— A Montretout.

— ¿Fuera de la línea de los fuertes, si no me engaño?

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 979.)

IX.

Pasaron algunos días, cada día difería poco de los otros. M. Darrell tenía la costumbre de acostarse tarde y madrugar. Otro personaje mas grande hombre que Guy Darrell, sir Walter Raleigh, no consagraba mas tiempo á Morfeo. Acaso á esta costumbre, mas bien que á la sobriedad de su régimen debía M. Darrell su aspecto juvenil y el vigor de su constitucion. Tenia cincuenta y dos años y parecia, lo era realmente, mas jóven que muchas personas fuertemente organizadas á los treinta y cinco. Aquellos que al entrar en la edad media de la vida quieren conservar la lucidez de su cerebro, la elasticidad de su paso, la flexibilidad de sus músculos y la firmeza de sus nervios, en una palabra, prolongar su juventud á despecho de la edad, deben procurar no dormir demasiado. Nada envejece tanto como la cama. M. Darrell consagraba las horas que precedian al desayuno primero á hacer ejercicio, con cualquier tiempo; despues á sus apacibles estudios científicos. A las diez en punto se iba á dar un paseo á caballo y no volvía hasta las doce. Entonces salía con Lionel á dar una vuelta á pié por los grandes bosques: vagaba con él por las orillas del lago, ó bien se reclinaba sobre la yerba llamando la atencion del jóven sobre aquella poblacion de insectos cuya alegre existencia comenzaba y acababa con el estío, y le explicaba las costumbres de cada una de sus numerosas especies con una erudicion jocosa.

Era un observador minucioso y un naturalista consumado. La extension de sus conocimientos era en verdad prodigiosa para un hombre que debia haber empleado en un estudio árido los mejores años de su vida; es claro que sus conocimientos no eran en cada materia tan profundos como los de un profesor especial; pero si su ciencia era muchas veces superficial, las deducciones que sacaba de ella eran tambien frecuentemente originales y profundas. Una máxima suya que pronunció un día delante de Lionel con aire indiferente pero con significativo acento podrá darnos una idea de su manera de proceder y de sus resultados:

« No os contentéis jamás, le dijo, con resolver simplemente el problema propuesto por otro; procurad siempre deducir de él algun corolario para vos. »

Despues de la comida, que no concluía nunca antes de las ocho, pasaban á la biblioteca; Fairthorn se ocultaba en algun rincón, mientras Darrell y Lionel cogian algun libro; despues el artista tocaba la flauta, y á las once cada uno se retiraba á su habitacion.

No puede imaginarse vida mas arreglada, y sin embargo, aquella vida tenia para Lionel su encanto y su animacion, porque el interés que le inspiraba su huésped aumentaba de día en día, y daba á su imaginacion una ocupacion perpétua y siempre variada. Darrell, por el contrario, mostrándose mas cordial y mas benévolo, y mas cuidadoso de no herir las susceptibilidades de su jóven primo, que antes de su querrela y de la reconciliacion que siguió inmediatamente, M. Darrell, repetimos, no parecia experimentar por Lionel el vivo interés que Lionel experimentaba por él. No procuraba hacerle hablar, rectificar sus ideas, dirigir sus gustos como suelen hacer los hombres superiores en sus conversaciones con los jóvenes. Su conversacion solo era instructiva cuando su objeto era de aquellos sobre los cuales le gustaba extenderse, y de los que no podia hablar sin instruir á los que le escuchaban. Nunca hacia hablar á Lionel del colegio, de sus amigos, de sus predilecciones, de sus esperanzas, de su porvenir. En una palabra, al verlos juntos, nadie sospecharia que eran parientes, que uno de los dos deberia tener influencia sobre el otro, y dirigirle en su carrera.

Se hubiera dicho que el dueño de la casa estimaba á su huésped como cualquier hombre estimaria á un jóven de porvenir, de ardiente corazón, de orgulloso carácter, de talento despejado, á quien acogiese momentáneamente bajo su techo, pero en la inteligencia de que nada tenia que ver con él, y de que pronto tendria que perderle de vista, mientras el jóven adquiriria nuevos amigos, se dedicaria á ocupaciones, perseguiria un objeto, con los cuales no podría tener nada de comun, ni responsabilidad alguna.

Otra particularidad habia además en la conducta de M. Darrell: nunca hablaba del pasado ni del porvenir de su jóven primo, y tampoco hacia nunca mas que alusiones muy generales acerca de lo que á él mismo le concernia respecto de aquel doble objeto. Ni un recuerdo acerca del gran teatro sobre el cual habia representado un papel tan brillante, ni una anécdota de aquellos grandes hombres, los gigantes de la época, con los cuales habia vivido con cierta familiaridad. Guardaba igualmente silencio sobre sus primeros pasos en su carrera, sobre sus estudios, sobre las circunstancias accidentales de que habia sabido aprovecharse. Nadie hubiera sospechado que aquel hombre, en el vigor aun de la edad,

al entrar en la vida pública, habia sido el orgullo de un partido y suministrado un texto frecuente á las discusiones de la prensa. No hablaba nunca tampoco, como hacen ordinariamente los hombres que conversan libremente en el rincón de su hogar, de proyectos para el porvenir, aunque la ambicion de sus proyectos solo se extendiese á la plantacion de un árbol, ó al cambio de disposicion de un parterre, proyectos inocentes y tan comunes en la vida del campo. Se hubiera dicho que el pasado no le habia dejado recuerdos, que el porvenir no despertaba en él ningun deseo. ¿Pero el pasado no le habia dejado en realidad ningun recuerdo? ¿Por qué pues desaparecia á veces el libro de sus ojos, por qué inclinaba la cabeza sobre el pecho, y una expresion indecible de abatimiento llegaba á oscurecer aquel rostro varonil y severo?

Sin embargo, nadie podria decir que aquel abatimiento era alimentado y fomentado por su debilidad, porque lo rechazaba lejos de sí con un gesto de impaciencia, volvía á coger resueltamente su libro ó lo cambiaba por otro que daba nuevo curso á sus ideas; algunas veces mirando por encima del hombro de Lionel, hacia alguna observacion ingeniosa sobre su eleccion, ó bien pedía á Fairthorn que tocara algun ari de flauta, y al cabo de algunos minutos, volvian á adquirir sus facciones una expresion siempre grave, pero serena. Y observemos aquí de paso que únicamente en la poesia del vulgo de los jóvenes ó en la prosa de las damas que escriben novelas, puede verse un hombre sano de cuerpo y de espíritu, revestido de una invariable tristeza. Por muchas causas de disgusto que tenga un hombre, no hace continuamente gala de sus dolores, no sigue el tren de sus esperanzas desvanecidas con el semblante de un encargado de pompas fúnebres. Siempre tendrá algunos intervalos de alegría, sus momentos de buen humor: la sonrisa de otros tiempos iluminará algunas veces su mirada y asomará aun á sus labios. Pero lo que un gran disgusto deja en pos de sí es frecuentemente mucho mas penoso que el disgusto mismo: es un cambio en el hombre interior. Cuanto mas sienta el peso de sus infortunios, mas se esforzará por soportarlos animosamente, y mas evitará recordar el pasado; cuanto mas penetrado esté de la gran leccion de lo vanas que son las esperanzas de la juventud, mas aprenderá á borrar de sus cálculos las últimas ilusiones de la vida. Así, de nuestra triple existencia quedan suprimidas dos partes, el pasado, el porvenir. Nos quedamos en pié, con los brazos cruzados, sobre la punta limitada de la roca que despues del naufragio aparece sola en la superficie del inmenso Océano, y decimos en nuestro interior: « Resignémonos con el presente » animándose un instante nuestra mirada, asomando á nuestros labios la sonrisa por un momento.

Lionel no pudo sacar de M. Fairthorn ningun nuevo detalle sobre la historia de la familia. Era evidente que M. Fairthorn habia sido reprimido por su indiscrecion ó invitado á no volver á caer en la misma falta; porque se hizo tan reservado y tan mudo como si acabara de salir del antro de Trifon. Hasta evitaba encontrarse á solas con Lionel, y bajo pretexto de tener que poner al corriente una larga correspondencia muy atrasada de M. Darrell, durante la mañana dejaba al jóven dedicarse solo al pasatiempo de la pesca, ó cultivar el conocimiento de los cisnes y la gama domesticada. Pero muchas veces las melodías de aquella flauta mágica desde algun rincón misterioso del interior volaban flotando sobre el aire hasta el sitio por donde paseaba el jóven. Lionel se aproximaba entonces para escuchar, deslizándose á lo largo de los tristes muros de la vieja casa ó de las bóvedas y pilastras del nuevo edificio no concluido: escuchando... él, niño dichoso... olvidaba el presente; gozaba de aquel privilegio de sus años, que nadie pensaba en disputarle. En su pasado ningun rebelde atentaba á su vida echando el veneno en su copa, dirigiendo el puñal contra su seno; en su porvenir no encontraba desiertos que detuviesen la marcha de su ambicion diciéndole: « Estas son arenas para un peregrino, y no campos para un conquistador. »

X.

De este modo trascurrió cerca de una semana, y Lionel empezaba á inquietarse por la duracion de su visita. ¿Debia él ser el primero que agitase la cuestion de su marcha? M. Darrell le sacó de aquel apuro.

El sétimo día le encontró Lionel en un camino próximo á la casa, regresando de su paseo habitual. El jóven acompañó al jinete caminando á su lado, acariciando el caballo, admirando sus formas, y elogiando la belleza de otro caballo de silla mas pequeño y mas ligero que habia visto delante de la casa, mientras un palafrenero le paseaba.

— ¿No montais ese alazan? Yo creo que aventaja á este.

— Nuestras preferencias provienen generalmente de nuestra vanidad. Pocas personas pueden montar este caballo, al otro acaso podría montarlo el primero que llegase.

— ¡Hé ahí el lenguaje de un *Dare-all!* dijo Lionel sonriendo.

El huésped no pareció descontento de aquellas palabras.

— Donde no hay dificultad, no hay placer, dijo con su lenguaje lacónico. Hace dos años me encontraba en España. No llevaba caballo inglés, y compré aquel po-

tro andaluz. Un *caballero de pró* no podia abandonar á las probabilidades de malos tratamientos un animal que le habia sido útil en la necesidad. De modo que me traje el potro á Inglaterra. ¿ Vos no tendreis costumbre de montar á menudo? »

— A menudo no, pero mi buena madre opinó que debia aprender equitacion. Vivió con bastante estrechez por espacio de un año para hacer que me dieran lecciones en un picadero durante una de mis vacaciones.

— Los parientes de vuestra madre gozan de una buena fortuna, segun creo. ¿Cómo es que la dejan vivir con estrechez?

— No sé si mi madre tiene parientes; nunca me ha hablado de ellos.

— ¿De veras?

Esta fué la primer pregunta directa que hizo M. Darrell á Lionel sobre sus asuntos de familia. Aquí se detuvo, y repuso despues de una corta pausa:

— No sabia que fuérais jinete; si lo hubiera sabido os hubiera propuesto que me acompañárais. ¿Queréis hacerlo mañana? Montareis aquel caballo.

— ¡Oh! Muchas gracias: tendré un gran placer en ello.

Darrell separó bruscamente su mirada de la del jóven, donde brillaba una expresion de reconocimiento.

— Solamente, añadió mirando á otro lado, que temo que nuestros paseos no puedan ser numerosos. El viénes próximo os presentaré una proposicion; si la aceptais nos separaremos el sábado. Nosotros nos apreciaremos mutuamente, así lo creo. Al menos por mi parte no puedo quejarme de la prueba; ¿y vos?

— ¡Y yo! Si osara deciros solamente los recuerdos que me dejará de vos...

— No lo hagais, si queréis dirigirme un cumplimiento, respondió M. Darrell con aquella risita argentina que expresaba tan melodiosamente la indiferencia y rechazaba la afeccion.

Entró en el patio de la caballeriza, echó pié á tierra y al volverse á Lionel llegaron á su oído los sonidos de la flauta, como si descendieran de la altura del tejado.

— ¿ Los caramillos del fauno de Horacio serian acaso mas dulces que esa flauta? dijo M. Darrell.

... Utcumque dulci, Tyndare, fistula,
Valles. etc.

¡Qué deliciosa oda! ¡Qué conocimiento del mundo! ¡Qué sentimiento de la vida campestre! De todos los latinos, Horacio es el único con quien hubiera querido pasar ocho días. ¡Pero no! Yo no hubiera podido discutir acerca de la brevedad de la vida humana con los cabellos perfumados por el malabathrum y coronados con aquellas ridiculas guirnaldas de mirto. Horacio y yo hubiéramos reñido al primer bol espirituoso de Masicio. Hoy no es posible que lleguemos á indisponernos. Dichoso súbdito y poeta laureado de la reina Proserpina, el poeta mas civilizado de los admitidos en su corte, hoy todos sus quehaceres, me atreveria á jurarlo, se limitan á destorcer las serpientes enroscadas alrededor de la frente de Alecton y á detener al ambicioso Orion en su persecucion á los leones imaginarios.

XI.

Al día siguiente los dos primos montaron á caballo, y aquel paseo produjo una crisis importante en la fortuna de Lionel Haughton.

Hasta aquí he insistido acerca de la inclinacion de M. Darrell hacia el jóven; aquella inclinacion, cualquiera que fuese, era distinta de ese interés que acepta una responsabilidad y se enlaza á su destino. Mas aun, si aquel hombre rico y poderoso habia llegado en algunos momentos á experimentar semejante interés lo habia rechazado lejos de sí. Sin embargo, tenia la intencion de mostrarse generoso, intencion que habia manifestado de una manera muy sencilla y muy prosaica. El sastré, cuya visita produjo tan grande perturbacion, habia recibido instrucciones que se extendian aun mas allá del suministro del simple traje para el cual se habia recurrido á él: en efecto, ya habia llegado á Fawley un gran baul, fabricado con privilegio de invencion, que contenia el ajuar completo de un jóven de buena familia; y á su vista, Lionel, que no experimentaba ya ninguna repugnancia á aceptar los beneficios de M. Darrell, se quedó asombrado y conmovido á la vez. Aquel presente tenia esta significacion: « Reconociendo en vos un pariente, debo encargarme en adelante de proporcionaros los medios de ocupar en el mundo el rango que os pertenece. » M. Darrell pensaba en efecto proporcionarle un destino en las oficinas del gobierno, señalarle una pension conveniente y despedirle en seguida con un apretón de manos que tendria esta significacion: « Ahora yo he hecho ya lo que debia, lo demás es cuenta vuestra: es posible que no nos volvamos á ver jamás; no hay una razon para que este adios no sea para siempre. »

Pero en el curso de aquel paseo cambiaron las intenciones de M. Darrell. ¿Por qué? No lo adivinariais. Algunas veces es muy grande la distancia entre la causa y el efecto, y aquí, la causa del efecto era ¡la pobre niña Sofia!

El aire era fresco, y una brisa deliciosa agitaba alegremente el verde follaje de los bosques vecinos, mientras nuestros dos caballeros caminaban á buen paso por

aquella campiña. El aire y el ejercicio pusieron á Lionel de buen humor, y desataron su lengua; ahora bien, cuando un jóven está de alegre humor, se puede apostar diez contra uno á que se convierte en un franco *egoísta*, que siente desbordada su individualidad y se pone á hablar de sí mismo. Así es que sin apercibirse de ello, Lionel empezó á referir algunas alegres anécdotas de su colegio; su reyerta con un pasanle que era un tirano para los discípulos; su fuga y lo que le sucedió en ella, cómo fué en su persecucion el director y le volvió á llevar al colegio; con qué nobleza se portó el director no azotándole, ni echándole de la pensión, sino limitándose únicamente, despues de escucharle con paciencia, á administrarle una reprimenda, mientras despedía al pasante con grande alegría de los colegiales; cómo habia andado á trompazos con el alumno primero, porque este se habia burlado del pedagogo; cómo despues de haber sido zurrado dos veces rió por tercera vez con el mismo compañero, concluyendo por zurrarle á su turno; cómo habiendo llegado á ser primer alumno puso á todos los chicos en guerra civil, dividiendo á sus compañeros en *caballeros* y *cabezas redondas*: cómo fabricaban con arcilla balas de cañon y de pistola, transformando en espadas los bastones, y levantando el terreno del patio de recreo para construir fortificaciones; cómo hacia el papel de Cromwell un muchacho regordete, muy desidioso; cómo llegó á ser él mismo elevado á la dignidad de príncipe Ruperto; cómo sin miramiento á la verdad histórica, y sin ningun respeto al carácter de Cromwell, no quiso Ruperto dejarse apalea; cómo, finalmente, desarmado Cromwell por un terrible palo en los dedos, y hecho ignominiosamente prisionero, habia sido juzgado por un consejo de guerra y condenado á ser pasado por las armas.

M. Darrell escuchaba con paciencia aquellas niñadas, sin dar pábulo á ellas, sin interrumpirlas, pero sofocando algunas veces un suspiro al sonido de la alegre risa de Lionel ó á la vista de sus facciones que respiraban franqueza, de sus megillas animadas por el calor de su relacion, de sus largos y sedosos cabellos dignos del nombre de *rizos de amor*, que el viento separaba de aquel rostro franco que trasladado al lienzo hubiera podido representar algun jóven realista del tiempo de Carlos I.

Entre tanto el caballo español proseguía su carrera y su jinete la relacion de sus aventuras. Habia salido del colegio, y referia cómo habia hecho conocimiento con Frank Vance, que vivia en casa de su madre; cómo inspirado por el ejemplo, se habia dedicado á dibujar y á pintar; cómo se prestó Vance á darle lecciones; cómo en cierta época, quiso hacerse pintor; cómo la sola idea de semejante deseo, atormentó á su madre, que no se dejó conmovir por él cuando le representaba al Ticiano, descendiente de una antigua familia; á Francisco I, modelo de los caballeros, visitando á Leonardo de Vinci en su lecho de muerte; á Enrique VIII diciendo á un señor de córte que habia faltado á los miramientos debidos á Holbein: «Yo puedo hacer lores á mi voluntad, pero no puedo hacer un Holbein;» cómo Mrs. Haughton persistia en confundir todos los artistas en la imagen general del pintor de puertas que la habia robado tan escandalosamente revocando los marcos de las ventanas, y haciendo en las paredes del piso principal las reparaciones que habian hecho necesarias el trascurso de los años y los juegos de cuatro niños de una familia irlandesa. Debemos añadir que aquellas alusiones á los pensamientos de su madre, nada tenian de irreverentes, por el contrario, las hacia para prevenir á M. Darrell en favor de Mrs. Haughton, representándola como una mujer sencilla y natural, demasiado orgullosa acaso por su hijo único, inquietándose poco por los sacrificios que se imponia con tal de que él no perdiese el rango que debia ocupar como un Haughton de nacimiento.

M. Darrell, le comprendió ó hizo un movimiento de aprobacion.

— Es cierto, dijo hablando casi por la primera vez, que la gloria confiere un rango superior al de los caballeros ó al de los reyes, y desde el momento que entrega sus títulos de nobleza, importa muy poco que el que los reciba sea hijo de un Borbon, ó de un fabricante de velas. Pero si la gloria se niega á conceder esos mismos títulos de nobleza, si un hombre bien nacido se dedica á hacer retratos de *aldermen* y no alcanza fama (y yo supongo que vos no habiéráis sido un Ticiano ni un Holbein), en ese caso, haria muy bien en ponerse á pintar de muestras ó de puertas para ganar un pedazo de pan. Mrs. Haughton tenia razon, y yo la respeto.

— Decis bien. Aunque viviera tanto como Matusalen, nunca podria pintar una cabeza como Frank Vance.

— Y sin embargo, aun no es célebre. Yo nunca he oido hablar de él.

— Será célebre, de seguro; y si viviérais en Lóndres hasta hoy dia oiriais hablar de él. ¡Oh, señor, qué hermoso retrato hizo el otro dia! Pero es preciso que os cuente toda la historia.

Y Lionel empezó á hablar con calor del asunto que le preocupaba, es decir, del fragmento de novela de la niña Sofía y de aquel original y achacoso Belisario, para quien ella habia trabajado primero, y solicitado despues su ayuda. ¡Con qué elocuencia despojada de artificio hizo resaltar todos los matices de aquella historia, tanto por su parte festiva, como por su parte patética! ¡Con qué simpáticos colores pintó la imagen de aquella niña vagabunda, con su noble semblante y su sencillez infantil! ¡Cómo describió la excursion por el rio á Hampton-Court; la grata admiracion de Sofía; el disgusto que él experimentó cuando Vance pareció avergonzarse de ella delante de sus bellas conocidas; la escena del jar-

din donde leyó la carta de M. Darrell, que por la vez primera habia separado á la niña del preferente lugar que ocupaba en su pensamiento; el regreso, la separacion, las miradas afectuosas que ella le habia dirigido volviendo la cabeza; la visita hecha al dia siguiente al remendon, y hasta aquel humilde recuerdo, el libro de niña que ella habia dejado para él con aquellas líneas trazadas sobre la portada, las sabia de memoria!

M. Darrell, el grande abogado, comprendió que él no hubiera podido, con los mismos elementos, producir sobre un jurado el efecto que aquel niño con su simple narracion habia producido sobre su alma.

— ¡Ah, señor! exclamó Lionel, deteniendo su caballo y echando al mismo tiempo una mano atrevida sobre la brida que tenia asida M. Darrell; ¡ah, señor (y sus ojos húmedos y suplicantes atacaron de frente aquella fortaleza medio vencida, que ya habia minado por el pié), vos que sois tan sabio y tan rico, y tan bueno, escuchad mi súplica, arracad á esa pobre niña de la miseria y de todas las privaciones de semejante existencia! ¡Si hubiéráis podido solamente verla y oirla! ¡Ella no ha nacido de ningun modo para una suerte semejante! Pero volveis la cabeza... os ofendo. Yo no tengo ciertamente ningun derecho para disponer de vuestra benevolencia en favor de los demás; pero en vez de colmarme de vuestros favores, ¡os seria necesario hacer tan poco! ¡Con tal que tuviera lo necesario para satisfacer las primeras necesidades con aquel anciano (porque ella no seria feliz sin él) en una choza como la que dais á vuestros labradores!... Yo soy un hombre, ó lo seré en breve; yo puedo luchar con el mundo y conseguir una posicion de un modo ó de otro; pero esa niña delicada, reducida á servir de espectáculo en las ferias, ó á mendigar sobre el camino real; sin padre, sin madre, sola con aquel desgraciado inválido, apoyándose en su brazo como en un báculo! Solo esta idea me hace padecer. Estoy seguro de que la volveré á encontrar en alguna parte; y si eso llega á suceder, ¿no podré escribiros? ¿no le concederéis vos vuestra proteccion? Responded, señor, responded, yo os lo suplico.

El pecho del rico se levantó ligeramente, cerró sus ojos, pero solo por un momento. Sostuvo una lucha interior, lucha corta y viva, con sus mejores instintos, y estos vencieron.

— Dejad mi brida, dijo; ¿no veis que mi caballo echa atrás las orejas? podria haceros mal. Ahora adelantaos un poco; quedareis satisfecho. Dejadme un momento para... para desabotonarme la levita... que está muy cerrada.

XII.

— Lionel Haughton, dijo M. Darrell volviendo á reunirse con su jóven primo, y hablando con un tono firme y mesurado, os doy gracias por haberme proporcionado un instante de felicidad: el espectáculo de un corazon tan jóven, de sentimientos tan puros, proporciona un goce que vos no comprendereis hasta que lleguéis á mi edad, cuando hayais viajado como yo de Dan á Bersabea, encontrándolo todo árido. Ahora, escuchad bien lo que os voy á decir: si hubiéráis tenido cinco ó seis años mas, y esa niña en cuyo favor me hablais hubiese sido una jóven, tal vez muy inocente, muy encantadora, mas peligrosa por lo mismo, en vano hubiéráis apelado á mi caridad. En todo ello no hubiera visto mas que el capricho sentimental de un jóven por una muchacha bonita. Como amigo sincero, me hubiera encojido de hombros diciendo: «¡Cuidado, jóven!» Si hubiera sido vuestro padre, me hubiera alarmado; hubiera visto en vuestra relacion una de esas novelas del corazon, que terminan por decepciones ó traiciones. Pero á vuestra edad, jóven honrado, lleno de sinceridad, de corazon franco, solo habeis cedido á un sentimiento caballeresco de compasion por una pobre niña abandonada... ¡Ah, si fuéráis hijo mio! ¿Por qué no corre por esas nobles venas la sangre de mi padre? ¿Yo tambien he tenido un hijo! ¡Dios me lo ha arrebatado!...

Al pronunciar estas palabras los labios del hombre fuerte palidecieron, pero se apresuró á añadir:

— Comprendi que poseiais un corazon varonil, cuando me escribisteis para rechazar con desden favores ofrecidos con altanería; cuando quisisteis abandonar mi casa en un movimiento de cólera, tal vez irreflexivo, pero mas noble que la prudencia de una sumision calculada; hé aquí un corazon varonil, dije para mí, pero tal vez no posea mas que el orgullo del hombre como hombre, permaneciendo para lo demás tan frio como el invierno. Hoy me habeis hecho comprender que existe en vos una cosa muy superior al orgullo. La naturaleza que constituye el temperamento heroico se compone de dos elementos, una voluntad inflexible, una humanidad desinteresada. No sé aun si poseis la primera: me habeis revelado la segunda. Sí, acepto las obligaciones que me ofreéis: haré otra cosa mejor que dejaros la eventualidad de encontrar á esa niña desgraciada; encargaré á mi agente de negocios que haga las diligencias necesarias para ese objeto. Procuraré ponerla al abrigo de los males que temeis la sobrevengan. Tengo que hablaros ahora de otro asunto, Lionel. Deseo escribir al momento á Mrs. Haughton. He faltado á las consideraciones que se merece. Tened presente que no la he visto nunca. Tenia contra ella algunas prevenciones porque fué la causa de que yo me indispusiera con vuestro padre, á quien amaba tiernamente. Tampoco encontraba yo conveniente que la madre de un niño que tenia sangre de los Darrells en sus venas, me escri-

biera como ella lo hacia. Hay además otras razones... pero no hablemos de semejante cosa. Cuando yo atendia á los gastos de vuestra educacion, creia firmemente que sus parientes proveian á sus necesidades. Ella no me ha pedido nunca que la socorra en lo que la concierne personalmente; y yo juzgándola con ligereza creia que no lo hacia por escrúpulos, sino porque otros hacian innecesarios tales socorros. Vos habeis hecho que la conozca mejor: generalmente debemos á nuestras madres las tres cuartas partes de lo que somos en nuestra juventud. Vos sois franco, animoso, cariñoso, en una palabra, un gentleman: yo respeto á una madre que tiene semejante hijo.

El elogio era raro en boca de Darrell; ¡pero cuando elogiaba sabia hacerlo tan bien! Añadamos que no dominará á los demás aquel á quien la naturaleza no conceda ese don. Es una de las cosas que no se aprenden. El arte y la experiencia no pueden hacer mas que refinar la expresion del elogio.

XIII.

La partida de Lionel fué aplazada indefinidamente; ya no se hablaba de ella. Sin embargo, se observaba un cambio en la conducta de M. Darrell. La indiferencia que el rico pariente habia afectado hasta entonces hacia todo lo que concernia á la vida pasada del jóven, al alcance de su inteligencia, al temple de su carácter, desapareció completamente. Por el contrario, parecia procurar sondear los misterios que envuelve siempre la naturaleza de todo ser humano, tanto mas difíciles de penetrar en Lionel, cuanto que su viveza y su candor cubrian con un barniz, una superficie llena de atractivos, una susceptibilidad algo orgullosa y una ambicion cuyos fantasmas grandiosos á veces, le hacian estremecer, en sus horas de soledad y de ensueño, horas en las cuales la juventud trata de adivinar su porvenir.

M. Darrell no quedó descontento del resultado de su exámen: sin embargo, en aquellos momentos en que se hallaba acaso mas satisfecho, sobre su frente pasaba una nube, y si una mujer que le hubiese amado hubiera estado allí para escucharle, hubiera comprendido aquel suspiro de dolor que pasaba con demasiada rapidez para ser percibido por el oido menos ejercitado de la amistad.

Gracias á aquel cambio, Lionel por su parte, descubria cada dia en el carácter de M. Darrell nuevos rasgos que cautivaban su cariño. Habia, en efecto, en la naturaleza de aquel hombre extraños movimientos de abandono, que brillaban de pronto, despues se detenian instantáneamente. ¡Y cuán fino era en él ese tacto simpático que el mundo llama saber vivir, pero que solo pertenece á los corazones caballerescos y sensibles á la vez!

Aquel nuevo interés que M. Darrell manifestaba á Lionel, seducia á este tanto mas, cuanto mas contrastaba con la frialdad altanera de las maneras habituales de su pariente.

Los dias se deslizaban como si Lionel hubiera llegado á ser el verdadero hijo de la casa. Sin embargo, su estancia en ella caminaba realmente á su término y aquel término debia ser tan brusco y tan inesperado como el cambio que se verificó en su huésped, á cuyo cambio debia Lionel el aplazamiento de su partida.

Una hermosa tarde estando Darrell de pié al lado de la ventana de su gabinete, Fairthorn, que habia entrado por casualidad, le examinó larga y atentamente; despues se acercó á él, le tocó ligeramente el hombro y señalando con la mano á Lionel echado sobre la yerba enfrente de la vidriera y abismado en la lectura de la *Reina de las hadas*, le dijo:

— ¿Por qué le habeis tomado cariño, si no os sirve de consuelo?

M. Darrell volvió la cabeza y respondió con dulzura:

— No sabia que estábais ahí. ¡Pobre Fairthorn! ¡Gracias!

— ¡Gracias! ¿Y por qué?

— Por haber tenido un buen pensamiento. ¿Con que ese mozo os agrada?

— ¿Habria algo de malo en esto? preguntó Fairthorn con inquietud. Me parece que tambien os agrada á vos.

— Sí, mucho: hago todo lo posible por *amarle* Pero... pero...

M. Darrell se volvió con viveza y se encontró enfrente del retrato de su padre, colocado encima de la chimenea. Era uno de esos retratos expresivos que no se olvidan: semblante dulce aunque orgulloso, cuya mirada melancólica revelaba un carácter mas delicado que firme. En su conjunto habia algo de imponente, pero tambien se notaba cierto aire de desaliento. Al estudiar aquellas facciones, se sentia en ellas cierto iman de tristeza y de tierno interés. De las megillas de M. Darrell se deslizó una lágrima.

— Sí, padre mio, dijo con una voz reprimida; ¡así es! Todos mis sacrificios han sido inútiles, ¡nuestra raza no puede volver á levantarse! No será uno de vuestros nietos el que me suceda; ¡á mí el último del antiguo linaje! Fairthorn, ¿cómo puedo yo *amar* á ese jóven? ¡Es posible que él sea mi heredero, y él no tiene en sus venas una gota de la sangre de mi padre!

— Pero tiene sangre de los abuelos de vuestro padre. Y por otra parte, ¿por qué le habeis de mirar como vuestro heredero? Vos podriais volver á entrar aun en el mundo, hallar una mu...

M. Darrell hirió el suelo con el pié, y la segunda sila-

ba de la malhadada palabra se detuvo en los labios de Fairthorn. El pobre hombre, presa de un terror inexplicable, retrocedió oblicuamente, fué á ocultarse detrás de un gran pupitre, y una vez al abrigo de aquella muralla, asomó su cabeza por un lado, aventurándose á decir con voz suplicante:

— No pongais, os lo ruego encarecidamente, no pongais el semblante tan severo. Mi intencion no era ofenderos; pero muchas veces digo lo que no quisiera decir, y, en verdad (con tono lisonjero), pareceis todavía tan jóven, y... y...

M. Darrell, pasado su movimiento de cólera, se habia dejado caer sobre un sillón, ocultando el rostro entre las manos, con el pecho levantado por sofocados sollozos. El músico olvidó su terror, y con exposicion de echar á rodar el gran pupitre, se arrojó á los piés de M. Darrell, y exclamó en palabras entrecortadas:

— ¡Señor, señor, perdonadme! Soy un miserable. Levantad los ojos, yo os lo ruego, y sonreid, ó pegadme, rechazadme como á un perro.

La mano derecha de M. Darrell se apartó suavemente de su rostro y cayó en las de Fairthorn.

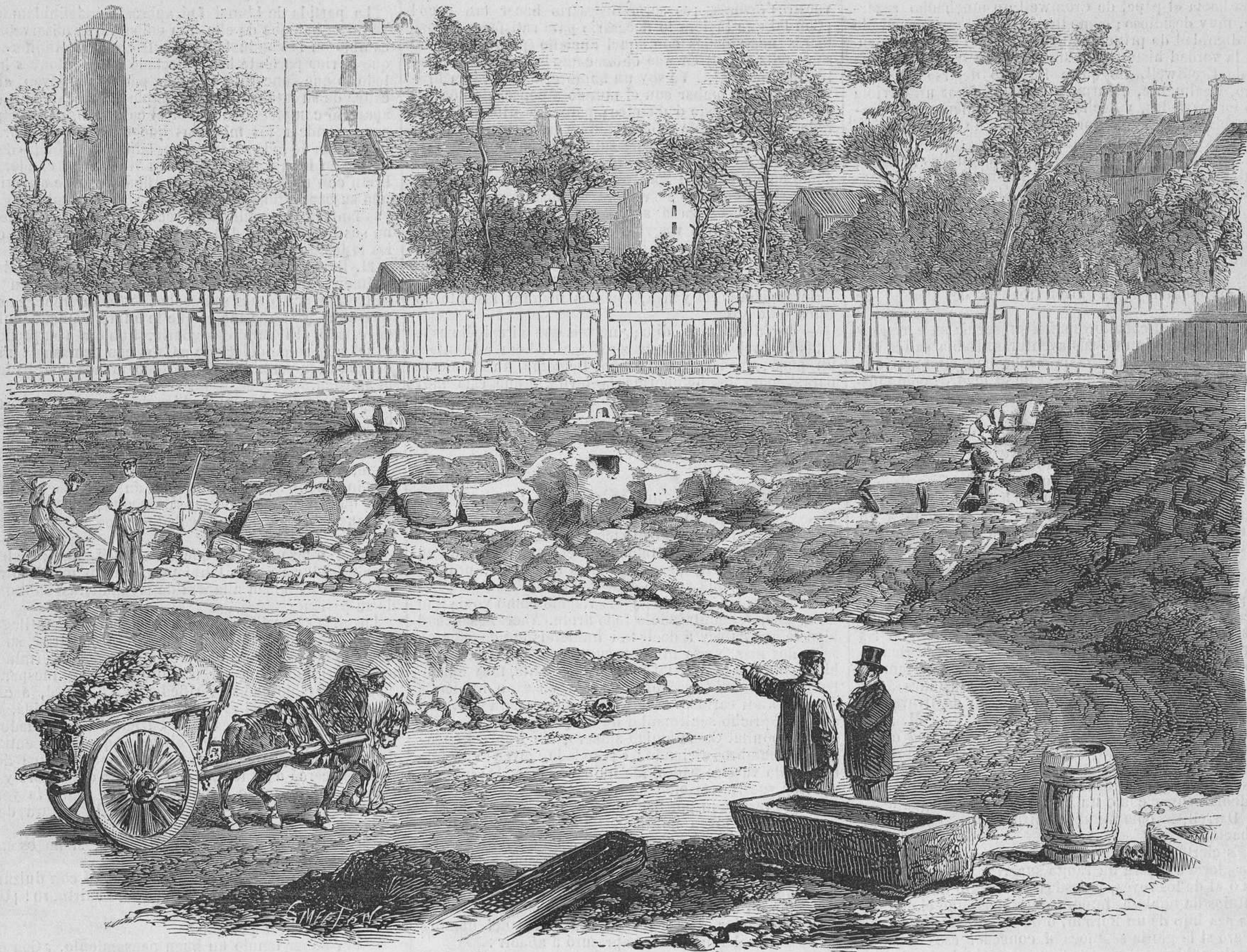
— Callad, callad, murmuró el hombre de granito; un momento, y esto pasará.

¡Un momento! podía entenderse solo como una expresion de lenguaje figurado, y sin embargo, aun no habia leído Lionel la mitad del canto que le trasportaba al país de las hadas, y ya estaba M. Darrell en pié á su lado, tranquilo como de ordinario, mientras á través de las ramas de un tilo vecino la flauta de Fairthorn suspiraba acordes tan dulces como si los faunos indolentes hubiesen hecho resonar sus caramillos en las flores de la Arcadia, y todos los disgustos hubieran sido relegados al otro lado de las montañas, los disgustos de los cuales hablan los pastores, reclinados á la sombra de los árboles como nosotros hablamos de las hidras, de los unicornios y de los demás monstruos de la fábula.

(Se continuará.)

Las sepulturas de Saint-Marcel.

En las excavaciones que se están haciendo en Paris para sentar los cimientos de una casa en el punto de interseccion de los bulevares Saint-Marcel y de los Gobelins con la calle Mouffetard, al Norte de la antigua iglesia de Saint-Marcel y en el lugar en que se hallaba una capilla dedicada á San Martin, se ha descubierto el cementerio que en los siglos V y VI rodeaba el sepulcro del ilustre obispo de Paris. Mas de cien féretros de piedra ó de yeso han salido á luz con huesos que caian en polvo al contacto del aire. Entre estas sepulturas se han distinguido varios períodos, habiendo capas bastante semejantes á las capas geológicas del globo. A veces los cuerpos de las líneas superiores, están al través de los que forman las líneas mas profundas. No ha sido posible determinar la distancia del fondo de los fosos al ni-



PARIS.— Descubrimiento de antiguos sarcófagos en las excavaciones practicadas en el antiguo cementerio de San Marcel, para la abertura del boulevard Arago.

vel del suelo, porque este nivel ha sufrido considerables variaciones.

Las piedras mas antiguas son de hermosa piedra calcárea de Sait-Leu, y tienen en su interior 4^m 95 de largo con 47 cent. de profundidad: su anchura por la cabeza es de 61 cent. y de 40 por los piés. Esa forma, así como la tapa aguda, caracterizan la época merovingia, y segun los indicios, las sepulturas de que tratamos son de aquel tiempo.

Además se han encontrado dos redomas formadas de una panza un poco aplastada de lado, y de un cuello muy delgado que termina por una abertura circular: una de estas vasijas tiene 5 cent. y la otra 6 de altura.

Otro objeto hallado tambien es una especie de aceitara de 65 cent. de alta, bastante semejante en su forma á los dos vasos precedentes, aunque se distingue de ellos por una asa y un tubo de unos 3 cent. que sobresale. Desgraciadamente este objeto se ha roto.

De una de las sepulturas se sacó una moneda que he-

mos visto; pero su poseedor tuvo la mala idea de bañarla en vinagre y de friccionarla, y ha desaparecido todo vestigio de efígie ó de inscripcion. El metal es un cobre muy encarnado. Tambien hemos podido ver un denario con flores de lis y un letrero en hermosos caracteres góticos del siglo XIII ó XIV.

Insistiremos en que hay allí sepulturas de épocas diferentes. Las mas profundas y que se hallan hoy á metro y medio de la superficie del terreno, debieron encontrarse primitivamente á muchos metros del nivel exterior, y pertenecen á los siglos V y VI. La ausencia completa de inscripciones y de figuras en las tumbas es otro indicio de su origen merovingio. Su forma, lo repetimos, es característica. Su extremada vejez se conoce, porque al contacto del aire los huesos que contienen caen en polvo.

Sobre estas sepulturas y á veces á su lado, hay otras mas recientes, lo que no impide que sean tambien antiquísimas: son féretros inmensos, llenos de huesos, y

que recordarian el uso de las tiendas de familia, si pudiera uno explicarse la inhumacion sucesiva de muchas personas en el mismo féretro; representan cavidades de yeso ó de cemento, cuyas paredes están sostenidas con anchas tejas planas. Hay asimismo, féretros de madera de encina que han dejado en el suelo una huella de polvo rojizo. En algunos cráneos se ven cabellos, y en uno se cree reconocer la corona capilar de los dominicos. Tambien hemos visto señales de barba en un hueso masilar; á un hueso occipital se adheria el origen de una trenza de cabello femenino.

Por consiguiente, en este campo santo enterraron hombres, mujeres, niños, clérigos y seglares; los cráneos que ofrecen señales de tonsura se han recogido en el sitio que ocupó la capilla de San Martin. Verosimilmente este cementerio era propio de la parroquia de Saint-Marcel.

Muchos visitantes han explorado esas excavaciones representadas fielmente en nuestro dibujo. F. D.